



La señora presumida al hijo enemigo del aseo, que está siempre hecho un golfo.—¡Pero otra vez con la chaqueta rota! ¿Tú sabes lo que es un cerdo?...

—Sí, mamá: el hijo de una cochina.

Ayuntamiento de Madrid Dib. CUESTA.—París.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

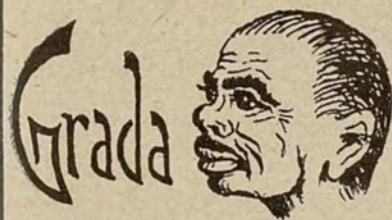
SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

29.—Quien son esos caballeretes?

II V II
JULIO--S
DESTINOS

30.—Objeto de adorno.



SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6'

31.—En la tienda

TES

32.—Un primo mío

Espuerta
BLANCO Y NEGRO

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE AGOSIO

SORTEO DE PREMIOS

- 1.º Una pluma stilográfica, a D. Emilio Cebrián, de Madrid.
 - 2.º Un dibujo en color, con su correspondiente marco, a doña Matilde Cortés, de Madrid.
 - 3.º Dos bonitas novelas de reputados autores, a don Luis de Brigante, de León.
- Los agraciados podrán recoger los premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE SEPTIEMBRE

SOLUCIONES

1. La ocasión la pintan calva; 2. Teófilo; 3. En casa; 4. Talego; 5. En paraíso; 6. Sea enhorabuena; 7. Pánico; 8. Corolario; 9. Los grandes desaciertos; 10. Los cancerosos; 11. Una requisa; 12. El Evangelio; 13. No pasa nada; 14. Las Islas Canarias; 15. La mariposa que voló sobre el mar; 16. Que te la pide por Dios; 17. El sentido común; 18. En el Edén; 19. De cabo a rabo; 20. Don Alvaro; 21. Un alto en el camino; 22. Retirado; 23. Dió seis pases en redondo; 24. Tarragona; 25. La ilustre fregona; 26. La bejarana.

Advertencia.—El pasatiempo número 20 no está equivocado en sus elementos, pero en la imprenta han puesto "la pista" como si fuera uno de ellos. Queda, pues, eliminado del concurso por dicha circunstancia, aun cuando muchos pasatiempistas se han dado cuenta de ella, puesto que lo han acertado.

Otra.—Del señalado con el número 1 en el concurso de octubre, se ha comido el compañero cajista una S; se entenderá expresado en la siguiente forma:

¡—Los últimos vuelos.
PROPUESTA
MODO ESTE

De las 12.221 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas por los pierdetiempistas siguientes:

1. María L. Viñuela, de Hinojosa; 2. Luis de Brigante, de León; 3. Enrique Pineda, de Segovia; 4. Manuel Durán, de Puente Canedo; 5. Bernabé Rovira, de Barcelona; 6. Luis Orgado, de Albacete; 7. y 8. Marichu y Adelita Peyrona; 9. María Irureta, de San Sebastián; 10. Pepita Martínez, y 11. María Isabel Urzola, de Valencia; 12. Francisco Pacheco, de Badajoz; 13. Simón López, de Jerez; 14 y 15. Carmen y Alfredo Morán, de Tarazona; 16. Manuel Ruiz, de Ceuta; 17. 18 y 19. Pilar, Consuelo y Fernando Salvo, de Melilla; 20. Emilio Artigas; 21. Matilde Cortés; 22. Moisés Ramos; 23. María Luisa Besses; 24. Ramón Maraver; 25. José María de Soroa; 26. Isabel Peña; 27. Manuel Cano; 28. María de las Mercedes Arias; 29. José Manuel Delgado; 30. Antonio Monroy; 31. Antonio García; 32. Antonio de la Vega; 33. Francisco Marín; 34. Manuel García Reyes; 35. María Luisa Eguía; 36. Gonzalo M. Armero; 37. José Margalet; 38. Pío García, de Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5), a las siete de la tarde del día 3 de noviembre próximo.



—¿Serán marido y mujer?
—Al contrario. Son mujer y marido.

De The Passing Show.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

Hotel EUROPA
ZARAGOZA

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

CUPON

correspondiente al núm. 309 de

BUEN HUMOR
que deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea.

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

Indra Perla

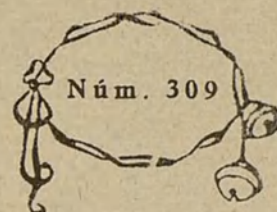
Collares, Gargantillas, Sautoires,
Pendientes, Botones de Pechera,
Adornos de Cabeza, Pulsera, Per-
las para Vestidos.

SE COMPRAN ALHAJAS
Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

Hay ascensor.—Teléfono 14466

CLICHES

se venden a precios módicos los
publicados en este semanario



CHARLAS DOMINICALES



Los médicos pintores han inaugurado su "Salón" correspondiente.

Antes, los médicos iban a ésta o a la otra "Sala" de éste o aquel Hospital.

Hoy van todos, o casi todos, al "Salón".

Los doctores sienten la necesidad de *exponer*. ¡Y ya era hora!...

Porque, hasta el momento presente, los únicos que *exponían* eran los enfermos.

Hoy, la cosa ha cambiado. El médico se dedica al Arte con más entusiasmo que a la Ciencia, y eso irán ganando los clientes. La obsesión pictórica domina el espíritu de muchos galenos.

Hace días recibí, uno de éstos, urgente aviso profesional.

—De parte de don Ulpiano —le dijeron—, que vaya usted en seguida; quiere que le pinte usted...

—¿Una acuarela?...

—No, señor. El pecho, con yodo; porque se ahoga con el asma...

Y ¡allá fué corriendo nuestro doctor, encantado de poder dar unas pinceladas!...

Los especialistas en enfermedades de la garganta son hoy los que más *disfrutan* en el ejercicio de su profesión. ¡Hay que ver cómo dan los *toques*!... ¡No hay anginas que resistan al pincel empapado en "amarillo-limón" y manejado por el Murillo laringólogo!...

¡Y es que la nueva afición a la pintura ha trastornado la Medicina!

Los médicos, antes tan amigos de recomendarnos la *dieta*, hoy nos dan *pasteles* en abundancia...

Algunos nos ofrecen los *oleos*, y otros nos brindan

asuntos macabros. Los hay que presentan fríos cadáveres, sobre las sábanas del lecho... Estos son los que verdaderamente han llevado al Certamen *su obra*.

Pero no es cosa de ponernos tristes. Una rápida ojeada al "Salón", abierto en "Bellas Artes", nos distraerá de los humanos dolores.

No es que la "Exposición" cause risa.

Pero siempre alegra el ánimo ver aquellas *notas de color*.

El secreto curativo está, muchas veces, en que el médico sepa dotar a sus enfermos de *buenos colores*.

¡La anemia estaría, así, vencida!...

¡Y no hay que negar esa cuali-

dad a los artistas del actual "Salón"!

Los *coloristas* dominan la *forma*, y *ACIERTAN*, casi siempre. (Lo que, en un médico, no es cosa baladí.)

¡Bien hacen en distraer con el Arte los breves ocios que les deja el ejercicio de su penosa labor!...

Lo malo sería que se apasionasen por el *cuadro de género*, y olvidasen el *cuadro sintomático* de las dolencias humanas. Es preciso deslindar los campos. Porque ha habido ya algunas dudas. Y algunas confusiones.

—¿Qué opina usted del doctor Fulano?...

—¡Ah, que es un hombre dedicado completamente al estudio!...

—¿Un sabio, eh?...

—Acaso. Pero lo que yo quiero decir es que no sale apenas de su *estudio*... de pintar. Está acabando un retrato *cabista* de don Cecilio Rodríguez...

La duplicidad de aptitudes conduce a estos *lapsus*.

¡Claro que en la mayoría de los ejemplos que pudieran citarse se vería demostrada la *accidentalidad* de la afición pictórica respecto al ejercicio de la Medicina!...

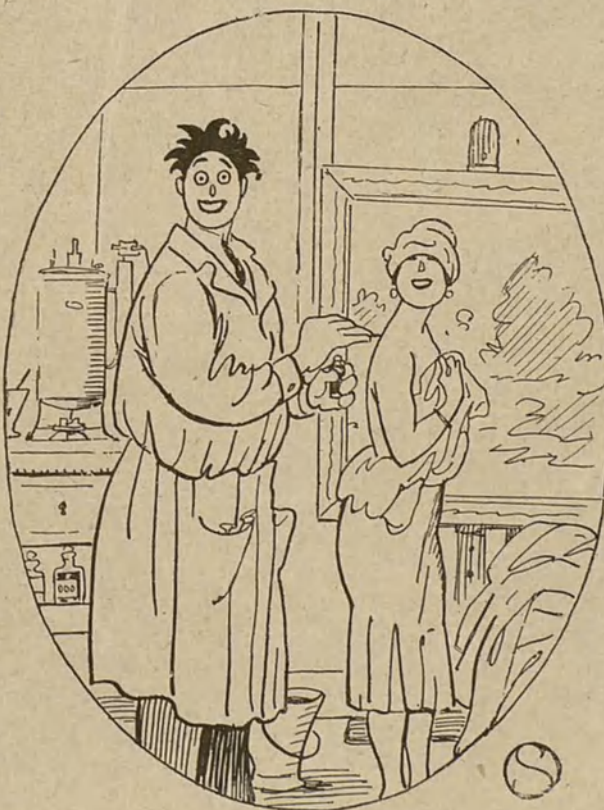
Nosotros creemos que los doctores pintan por *pasar el rato*, sin el propósito de crear un *arte profesional*, con una *estética especializada*, y con horas fijas de *consulta*.

Esto último sólo lo pueden pretender algunos locos. El médico debe ser, ante todo, médico, sin preocuparse de *ocres* y *sienas*.

El manejo de las *tierras* no es cosa de doctores, sino de sepultureros.

Y lo importante para un dermatólogo, por ejemplo, no es hacer *manchas*, sino *quitarlas*.

¡Claro que eso no obsta para que los médicos pinten si quieren!...



Dib. SILENO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

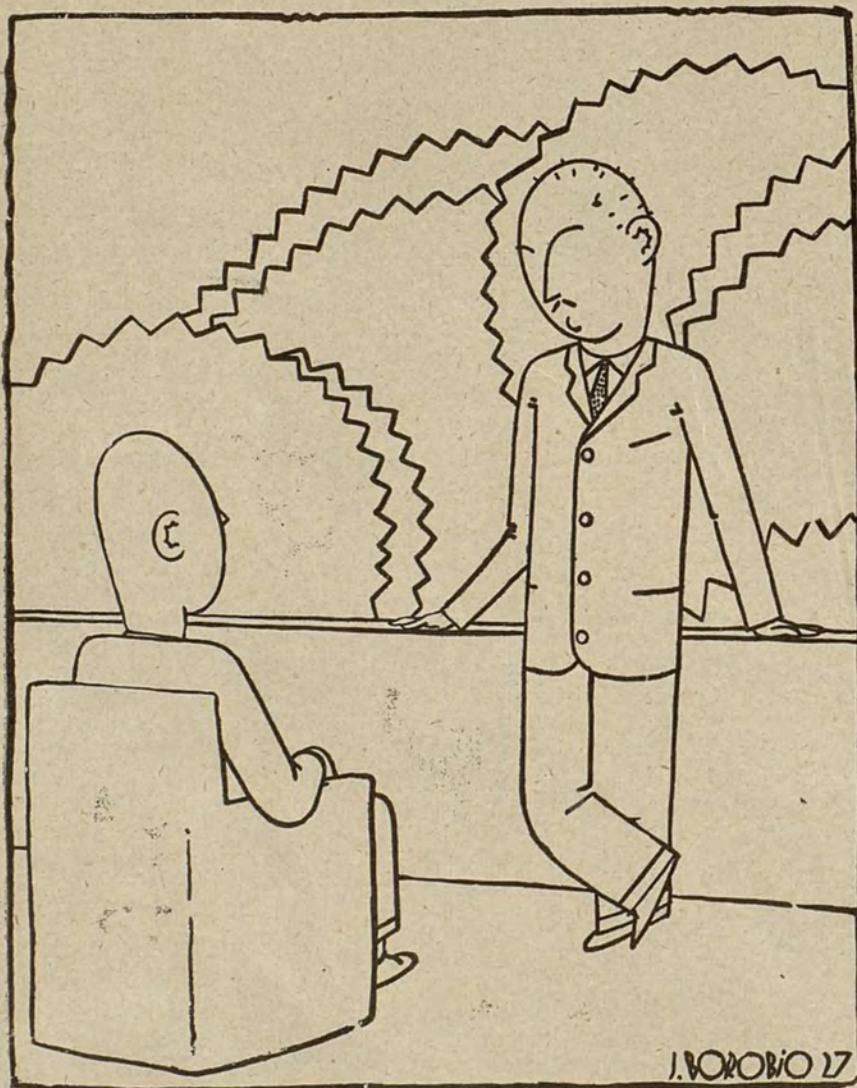
Pero, de pintar, ¡háganlo bien!
No como cierto amigo nuestro, eminente doctor y pintor malísimo, a quien gritaba la portera, llamándole por el patio de la casa en que tenía su estudio:

—Don Fulano, baje usted; que le espera la modelo...

Y, efectivamente: como siga pintando como pinta, no hay duda alguna.

¡"La Modelo le espera"!

LUIS DE TAPIA



Dib. BOROBIO.—Madrid.

—¿Tu hija habla el esperanto?

—¡Ya lo creo! ¡Como que es natural del país!

Jornadas médicas

A genio de un golpe

Dice un médico francés, que hasta el hombre más atún puede, en cualquier ocasión, llegar a ser genio, pues se logra a veces en un momento de evolución.

Es decir, que si cualquiera que ahora resulta un zoquete, o un imbécil, o un morral, se da un golpe en la sesera, variará en un periquete su función intelectual.

Dice que la depresión del cráneo, encender podría del genio la hermosa luz; y que es una observación que puede hacer cualquier día el que se sienta avestruz.

Yo la idea no rechazo y del médico me explico la teoría muy bien, pero renuncio al trastazo... ¡Seguiré siendo borrico por siempre jamás, amen!

Del talento los primeros me elevarían a altura grandiosa como escritor; pero, la verdad, señores, llegar *por abolladura* a genio, me da terror.

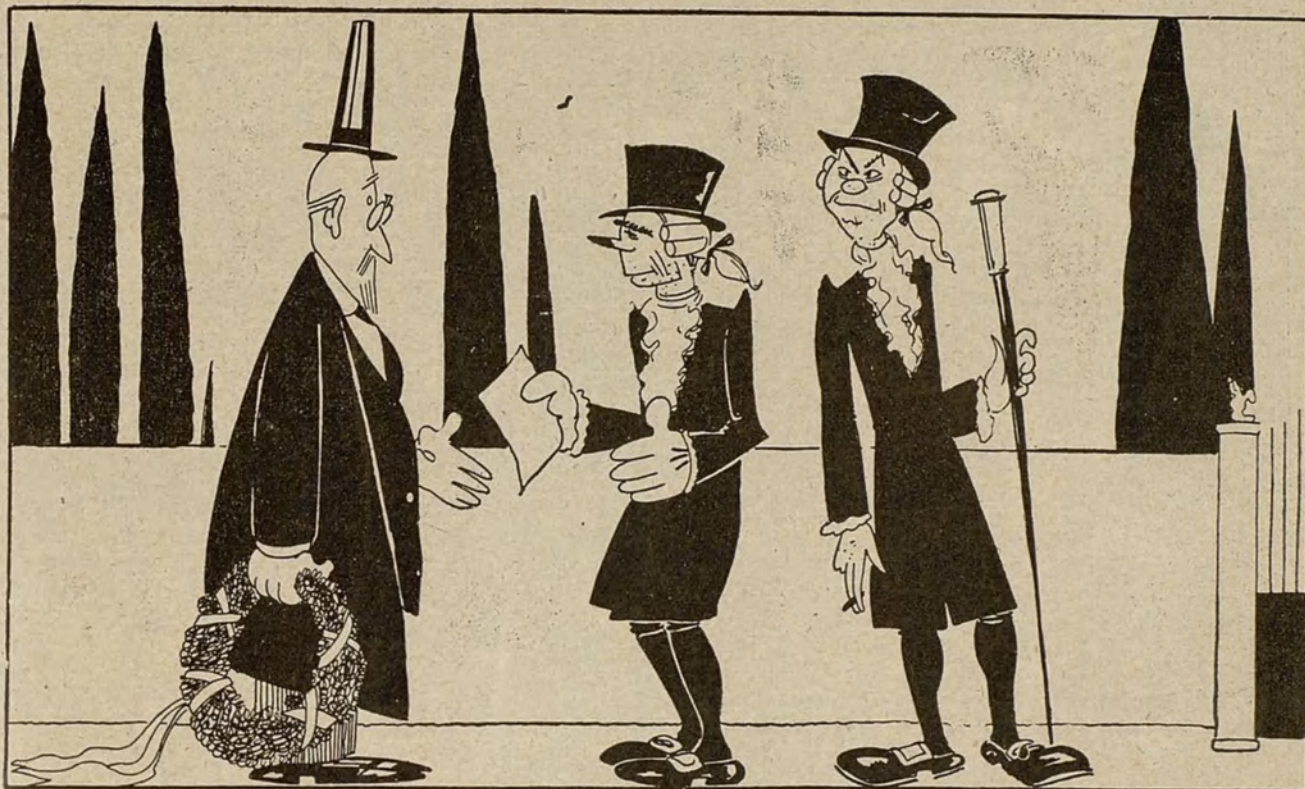
Según hombres competentes, eso no es una simpleza y se puede comprobar.

¡Por algo dicen las gentes que se *rompe la cabeza* el que estudia sin cesar!

Mas, si a genio ha de ascenderse rompiéndose a coscorrónes la cabeza, decid, pues: ¿qué es lo que van a romperse los respetables varones que discurren con los pies? ...

X. X. X.





—¿Doce duros por traer a hombros a mi mujer? ¡Es muy caro!

Dib. QUINATO.—Madrid.

—¡Qué va a ser caro! Fijese ~~cu~~ pesaba ciento veinte kilos: le sale a usted a 50 céntimos el kilo.

Una competencia seria

No sé si ha sido el famoso poeta japonés Nikito Nipongo o el fumistero calagurritano Elviro Tomellosez el que ha dicho, muy acertadamente, que la competencia es el eje de la vida moderna.

Supongo que después de esta frase ya se habrán ustedes percatado de que me propongo perpetrar un artículo hablándoles de la citada competencia. Ahora bien; no esperen un artículo concienzudo ni documentado. Lo primero porque los artículos concienzudos le sientan peor a un periódico humorístico que a los niños de pecho los refrescos de sítol, y lo segundo, porque para hilvanar un artículo documentado no hay que ser tan bestia como el que ahora tiene el honor de dirigirse a ustedes, y de dirigirse a su casa a la hora de las comidas. Y hecho este ligero exordio, entro en materia, aunque reconociendo que mi competencia en materia de competencia es una competencia ruinosa.

Cuando mi amigo Remigio Soldevilla se quedó huérfano y heredero de una cuantiosa fortuna, dudó bastante tiempo acerca de la clase de negocio a que debía dedicarse. Deafilaron ante él los proyectos inevitables: comprar Deuda amortizable al cuatro por ciento, poner unos taxis, construir una casita en el extrarradio que al mismo tiempo que una renta módica le proporcionase seguro asilo para su vejez, y suplicar a los Poderes públicos le concediesen un estanco. Dudó muchos meses sin decidirse por una cosa ni por otra; hasta que una mañana en la piscina del Círculo de Bellas Artes se encontró con un amigo de la infancia. Charlaron de proyectos.

—Constrúyete una casa—le dijo éste—. Busca inquilinos que sean serios, honrados, silenciosos, incapaces de molestar a nadie, y no te preocupes de más.

A Remigio Soldevilla aquel consejo le pareció muy acertado.

El hizo un cementerio.

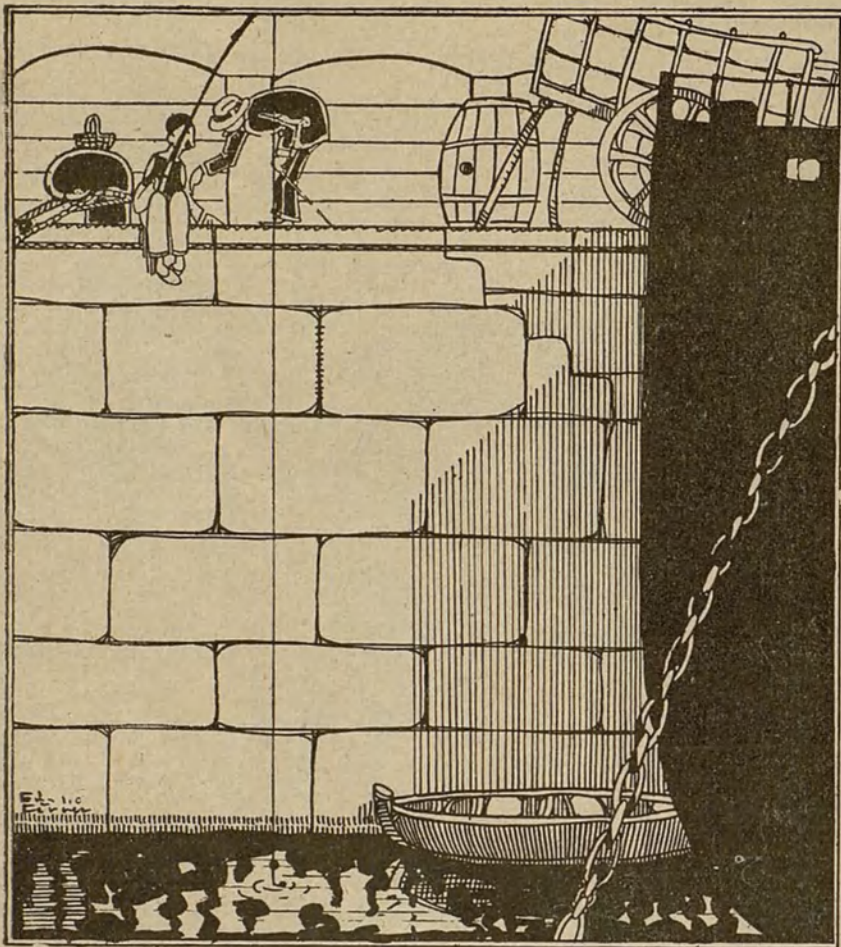
Un cementerio con sus nichos, sus sepulturas de primera, segunda y tercera clase, sus cipreses, sus tapias blancas y su cruz en lo alto. Puso papeles blancos, tanto en los nichos como en las sepulturas, para indicar que estaban sin alquilar, y esperó.

Pero los "inquilinos" no venían; los cementerios próximos acaparaban todos los parroquianos.

—Hay que anunciar—se dijo Remigio—; seguramente es que no se han enterado de que esto existe.

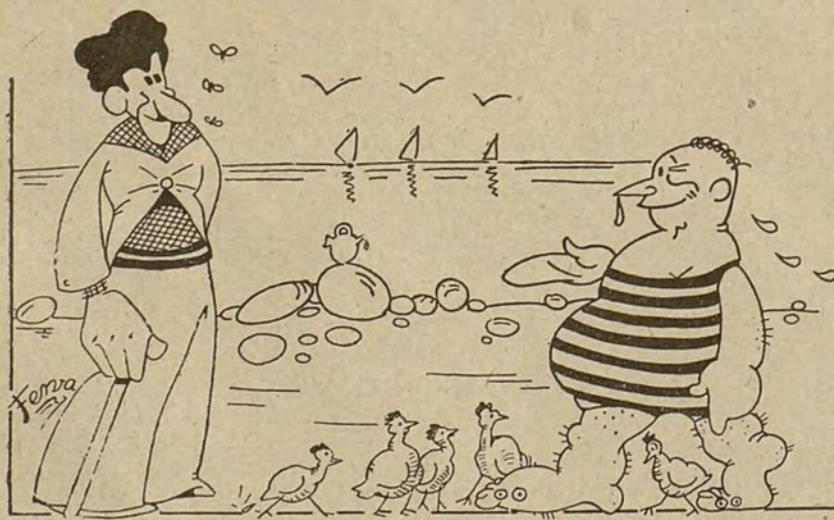
Y dos días después apareció en la Prensa el siguiente anuncio:

¡Cadáveres de ambos sexos! No seáis cándidos y no os dejéis enterrar más que en el cementerio El muerto al hoyo. Esta casa es la más seria de España. ¡La única que construye nichos con termosifón! La más ventilada. Sepulturas temporales y sepulturas por todo el tiempo que dure la construcción de la Gran Vía. La más surtida. ¡Los mejores fiambres! No-



—Le advierto que este es muy buen sitio de pesca. El año pasado se me enganchó en el anzuelo una lata de sardinas.

Dib. FERRER.—Madrid.



—Oye, Indalecio: ¿Por qué todos los pollitos de los contornos no me dejan en paz?

—¡Claro! ¡Tienes ojos de gallo!...

Dib. FERVA.—Colmenar Viejo.

ta. Los materiales de que están contruías nuestras sepulturas nos permiten garantizar que son para toda la vida. ¡Probad y os convenceréis! Todavía no se ha dado el caso de que un inquilino nuestro se haya ido a otro sitio.

Pero los propietarios de los cementerios cercanos no fueron menos que Remigio. Rápidamente bajaron el precio de sus "habitaciones" y hasta en algunos nichos instalaron cuartos de baño.

Tres días más tarde Remigio Soldevilla hizo saber, por medio de la Prensa, a todos los que tuvieran intención de morirse que, merced a un ingenioso procedimiento, tenían gas todas las sepulturas de su casa.

Los dueños de las necrópolis vecinas contestaron a esto regalando globos de colores a todas las personas que fuesen enterradas los jueves. "Lo ponemos en conocimiento del público en general—decía el anuncio—y recordamos a los suicidas que tienen niños y velan por sus intereses la conveniencia, para que puedan tener derecho a este regalo de la casa, de que se suiciden los miércoles por la tarde.

Siguió una época, que duró varios meses, en la que los cementerios hicieron concesiones recíprocas a las personas que murieron en dicho lapso. La competencia era más encarnizada que nunca.

Mi amigo Soldevilla anunció que sortearía diariamente localidades de teatros entre las personas que tuviesen el gusto de ir a "aposentarse" en su casa. Prometió también que el día de los Santos iluminaría el cementerio con farolillos a la veneciana.

Entonces los contrincantes hicieron pública su idea de obsequiar con un reloj de pulsera y un billete de cien pesetas a todos aquellos cadáveres que desearan ser enterrados en sus necrópolis.

Y mi amigo Remigio Soldevilla se suicidó; se suicidó y dispuso en su testamento que se le enterrara en el cementerio de sus rivales.

La construcción de la necrópolis había arruinado e, indudablemente, el pobre Remigio necesitaba aquellos veinte duros para cenar aquella noche.

MANUEL LAZARO

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7



BUEN HUMOR



A V I S O

IMPORTANTISIMO A TODAS LAS LECTORAS DE "BUEN HUMOR" QUE TENGAN EL BUEN GUSTO DE LLAMARSE MANUELA

BUEN HUMOR prepara ya el número Almanaque para 1928, que va a ser una cosa como para caerse desplomado de puro regocijo, y como estamos ya hartos de ganar dinero y de que el público nos favorezca con una fidelidad de báscula automática, hemos decidido dar

UN BENEFICIO A FAVOR DEL PUBLICO

en ese próximo número Almanaque, en señal de agradecimiento.

Para ello

INVITAMOS A TODAS LAS LECTORAS QUE SE LLAMEN MANUELA, MANOLA O MANOLITA, a que desde hoy mismo envíen su retrato y sus apellidos a esta Redacción, Plaza del Angel, 5, bajo sobre y con la Dirección: «Para el homenaje a las Manolitas», con el fin de que en nuestro número Almanaque las honremos como merecen

PUBLICANDO LOS RETRATOS DE LAS LECTORAS

y de este modo además de honrarlas y de honrarnos, todo el que compre el Almanaque de BUEN HUMOR se saturará de ver muchachas bonitas.

¡ESPERAMOS LAS FOTOGRAFIAS DE LAS MANOLITAS!

hasta el día 15 de Noviembre.

Una advertencia:

Las lectoras asiduas de BUEN HUMOR que lleven el pelo cortado «a lo Manolo» pueden también enviar su retrato aunque no se llamen Manolas.

Otra advertencia:

Y aquellas lectoras que sin llamarse Manolas ni llevar el pelo cortado «a lo Manolo» se empuen en ello, pueden enviar su retrato también.

¡ANIMO! ¡RAPIDEZ! ¡ESPERAMOS LAS FOTOS!

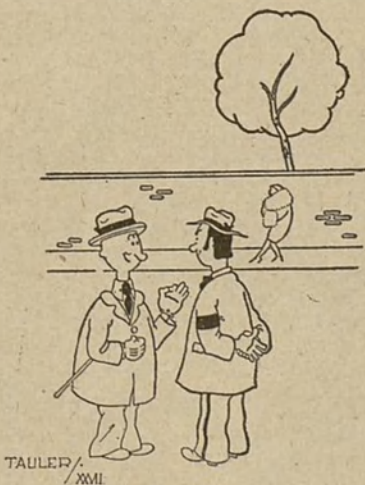
Que no se diga que una sola Manola, lectora de BUEN HUMOR, ha despreciado este ruego, de

JUAN



Dib. ULLOA.

—¿Por qué no hablas a Pepe?
—Porque fué novio de mi mujer.
—¿Y qué?
—Que me carga que haya sido más listo que yo.



TAULER/
XXII

Dib. TAULER.

—¿Y qué, te gustó mi obra?
—¡Ya lo creo, sobre todo el final!



P. Sallado

Dib. GALLARDO.

—Ya sé que pasaste en la frontera unas corbatas a listas...
—¡Ca, hombre! En la aduana sólo pasé las negras.

ANUNCIOS RECOMENDADISIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLON SI Y EL OTRO TAMBIEN

Interesntísimo a los que anden ma' de dinero y a los que anden mal por tener los zapatos hechos cisco. Pueden encontrar calzado de una baratura de sueño de hadas y de una perfectísima fabricación francesa. Precio único, quince pesetas el par. Aprovechen la formidable ocasión que se les presenta de ser dueños de un par de Francia por tres duros.—Representante en Madrid: Olimpio Cepillo de Calzado Prieto, Lavapiés (sin calzar) número 88.

Matrimonio ventajoso

JOVEN MUDA, Y CON CAPITAL, CASARÁ CON POLLO DISTINGUIDO, PREFIRIENDO A UNO QUE SEA NATURAL DE LAS ISLAS CANARIAS

¡Si hay algún canario que se presente, tendremos un inmenso placer en verle con la muda!

LA JOVEN, LE DARÁ EL "SÍ" CON UN CORNETÍN, EN LA IMPOSIBILIDAD DE DARSELO DE PALABRA

Se ruega que a cada carta acompañe una fotografía del interesado, y que se envíen a Juan Lafita, Lista de Correos número 333.333. ¡Manda la foto a Lafita y confiad en Dios!

Eminente profesor norteamericano, procedente de la Universidad de Filadelfia, da lecciones para andar a pie sin gastar dinero.—Míster Botha (en Sevilla le llaman *misté qué bota*), Hotel Palace, de 4 á 6.

Estupendos y novísimos aparatos para cazar moscas, de muy poco peso y que las cazan lo que se dice volando. Un niño puede manejarlos. Y una niña también. Tenemos además aparatos para cazar elefantes, pero ya un poco más pesados. Prueben ustedes, de todas maneras; y, aunque se fatiguen algo, reconocerán su eficacia.—Moscoso y Cazán, artículos de caza, Cazorla.

SALDRAN USTEDES PRECIOSOS

SI LES RETRATA EL FOTÓGRAFO RETUÉRTEZ

Este fotógrafo, por tres pesetas, les hace a ustedes seis visitas y, además, pregunta por la familia y besa a los niños.

Americanas no hace, pero si tienen ustedes mucho interés, les puede recomendar a su hermano que es sastre. LOS RETRATOS QUE NO GUSTEN A LA CLIENTELA, LOS ARROJA AL FUEGO SIN MÁS DISCUSIONES, ES DECIR, LOS CONVIERTE EN RETRATOS "AL CARBÓN"

LOS GRUPOS QUE HACE ESTE EMINENTE FOTÓGRAFO NO HAY GUARDIA DE SEGURIDAD QUE LOS DISUELVA

Y LO QUE DICEN QUE DIJO LA ZORRA AL BUSTO, NO SE HUBIERA ATREVIDO A DECIRSELO SI EL BUSTO LO HUBIESE HECHO RETUÉRTEZ

¡RETRATÁOS EN SEGUIDA (CON LAS TRES PESETAS) Y OS CONVENCERÉIS!

El popular y furibundo domador de fieras austriaco Otto Swif vende, por retirarse de la profesión, los siguientes animales y bestias, amaestrados a la palabra y en perfecto estado de salud: cinco leones, dos tigres de Bengala, dos llamas (que no deben ponerse al lado de los tigres porque, como son de Bengala, arderían en seguida), un lobo, dos osos blancos pequeños, tres negros de tamaño regular y una osa mayor, seis loros vírgenes, un elefante hembra con esperanzas de un próximo alumbramiento, una jirafa nacida en Paracuellos, tres perros grandes y doce perros chicos; los doce chicos con una perra colosal. Al que le compre toda la colección de bicharracos citada, le regalará un burro bastante listo, un gato y una gata casados legalmente, un mono que no es grano de anís el mono, un cerdo y diecinueve pulgas elegantemente vestidas. ¡Todo ello por trescientas mil coronas!... (Si alguno de los animales falleciese después de la entrega, Otto Swif no mandaría ninguna corona, que conste.)

Enseñanza pistonuda de bailes modernos. Danza del oso, paso del camello, baile del perro, salto de la trucha, Calle del Pez. Facundo de la Cerda.

Cedo en poco dinero preciosísima sepultura adquirida en la Necrópolis, por tener que marcharme a Rusia a comprar trigo y ser más que probable que la diñe por allí, a manos de los Soviets. Prefiero enfermos crónicos o ancianos valetudinarios. Un preagonizante me encantaría. Facilidad para el pago. Lo admito incluso a plazos, aunque tomando las naturales seguridades para que los plazos expiren mucho antes que el enfermo.—Salud, 45.

Interesa a los vendedores de fincas

COMPRARÍA CASA EN LAS INMEDIACIONES DE ARANJUEZ Ó EN LAS AFUERAS DE GUADALAJARA

TAMPOCO TENDRÍA INCONVENIENTE EN COMPRARLA EN ZUMÁRRAGA Ó EN LA PROVINCIA DE LUGO

Lo malo es que no tengo ni una indecente peseta y no puedo comprarla en ninguna parte.

¡Y QUÉ VOY A HACER! ¡FASTIDIARME!
¡¡BASTANTE LO DEPLORO!!
FELIPE TRONADO, VELAS, 2

Vendo casa en los Cuatro Caminos. A mí no me queda más que un camino: venderla. La doy (es decir, la vendo) a un precio tan risible que, al redactar este anuncio, me estoy partiendo a carcajadas. Es de construcción moderna y está a media vara del Metro. La renta es colosal, pues todos los pisos dejan un ocho por ciento libre, salvo una comisaría que hay instalada en el bajo, y a la cual, por efecto de la costumbre, le cuesta un poco de trabajo el dejar libre al ocho por ciento. Pero, al fin, le deja también.—Para tratar: Exuperancio Testaférriz, Ocho Hilos, 8. ¡Y no se confundan ustedes creyendo que son dieciséis hilos: son ocho nada más!

AGENTE ANUNCIADOR:

ERNESTO POLO



Dib. CASTANY.—Barcelona.

EL PADRE.—Yo le he dicho que con lo que llevaba de dote la chica, ya tenían para comer; y que él, con ganar lo suficiente para cenar, ya tenía bastante.

LA MADRE.—¿Y qué te ha contestado?

EL PADRE.—Que él no ganaba nada, pero que esto no era obstáculo; pues el día que comía bien, no necesitaba cenar.

JIMENEZ, MONEDERO FALSO

—Tienes que venir a verme trabajar.

—¿Pero tú trabajas?—inquirí escéptico.

—Sí; hago moneda falsa—me repuso con voz estentórea Jiménez—. Tengo una formidable fábrica de moneda falsa, cuya instalación me ha costado toda mi fortuna. Pásate mañana por casa y te enseñaré el laboratorio, las máquinas y el funcionamiento de éstas. Es bastante complicado, no creas. Llévate a tu pequeño y así aprenderá, prácticamente, cómo se hace la moneda.

Le prometí ir.

Y cumplí la promesa. Al día siguiente Enriquito y yo visitamos a Jiménez.

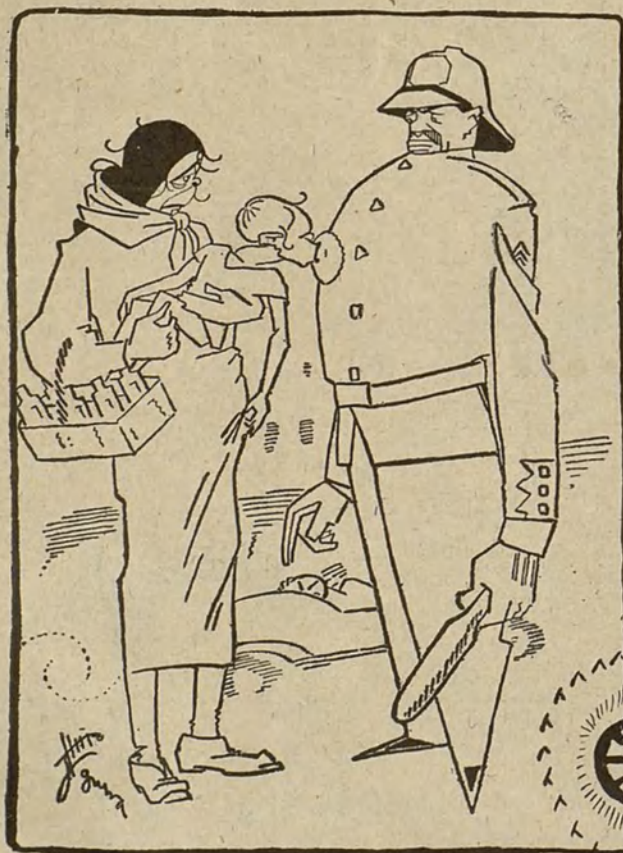
En la puerta de la calle había colocado un rótulo en el que, en claros caracteres, podía leerse:

“Agustín Jiménez, fabricante de moneda falsa.”

Un criado nos franqueó la entrada y nos condujo hasta un amplio salón ocupado por quince o veinte personas de ambos sexos.

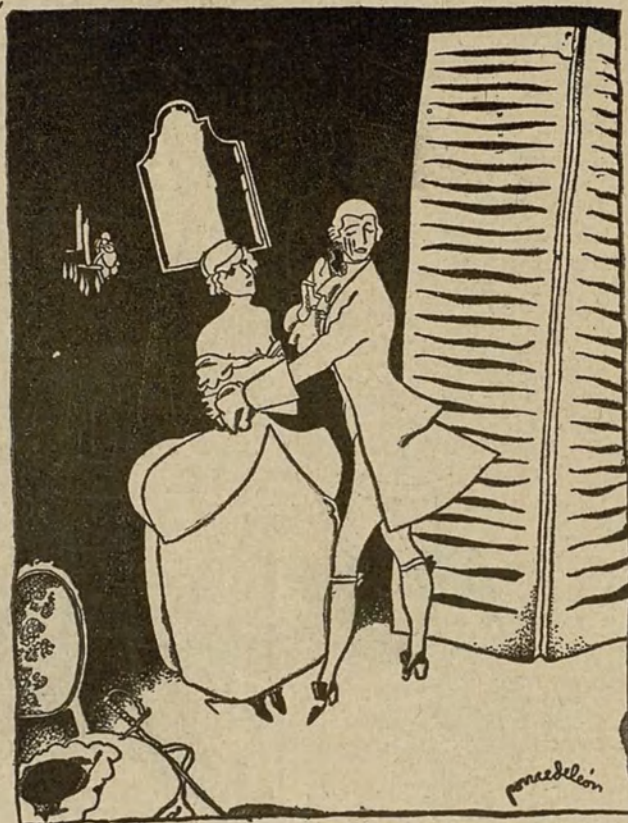
—¡Ya estamos todos!—dijo en voz alta Jiménez, adelantándose para saludarnos. Y dirigiéndose a mí, añadió:

—Son amigos míos y amigos de mis amigos que vienen a verme



Dib. ALMOGUERA.—Madrid.

EL GUARDIA.—¿A la Gota de Leche? ¿Por aquí va usted pero que muy mal!



Dib. PONCE DE LEÓN.—Madrid.

—¡Caray, Des Grieux! ¿Quién le dió ese torzazo?

—¡La Manón!

trabajar. He tenido que establecer un turno riguroso porque todos deseaban venir al mismo tiempo y la casa no es suficientemente grande para ello. Los primeros días formaban cola en la calle y hubo necesidad de la fuerza pública para que no se impidiese el tránsito y para evitar pendencias, que surgían cada cinco minutos. Ahora, en las invitaciones, pongo una fecha, la del día en que han de venir, y

así evito los disgustos y las molestias.

Descorrió un tapiz que ocultaba una puerta.

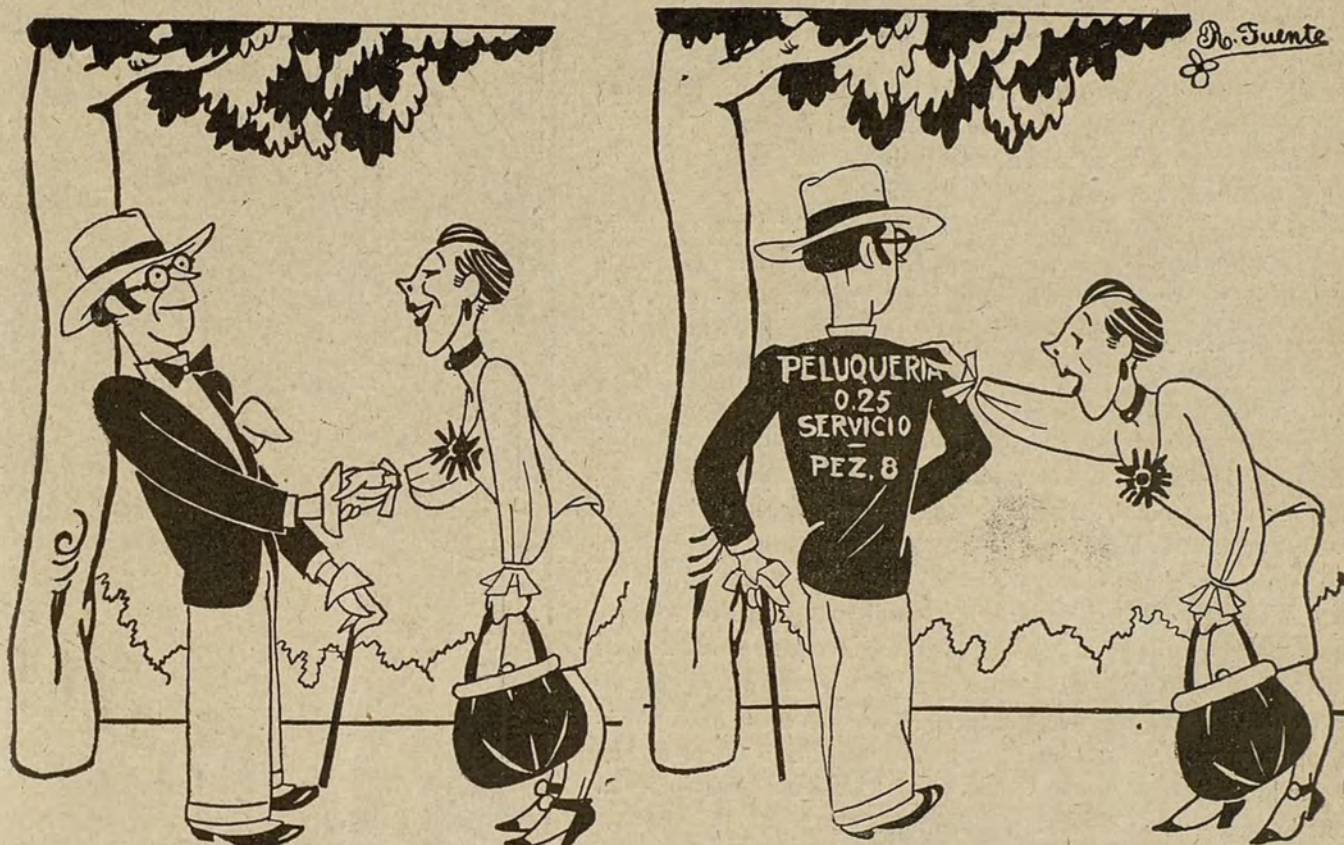
—Señores, cuando ustedes quieran—dijo.

Penetramos en una amplia estancia llena de hornillos, de retortas, de morteros, de alambiques, de sopletes, de tubos de ensayo, de crisoles...

Aun los más profanos quedamos sorprendidos ante el número y complejidad de los aparatos que se agrupaban sobre las mesas y estanterías del laboratorio.

Jiménez explicaba cómo se funden los metales y cómo se hace la aleación para conseguir una moneda resistente.

Cuando nos supuso bien enterados, nos condujo a la estancia contigua, atestada de motores, prensas, máquinas, correas sin fin, cuadros distribuidores del fluido...



—¡Hola, Paquito! ¿Cómo es que ahora vas tan elegante?

—Nada; es que ahora me he hecho licenciado en... letras.

Dib. FUENTE.—Madrid.

—¡La fábrica!

Un murmullo de admiración y de entusiasmo hizo eco a su voz.

Las máquinas, con un ensordecedor desperdicio de sus miembros de acero, comenzaron a funcionar. Sobre una plataforma caían, relucientes, las monedas recién hechas. Jiménez nos dió una de plata a cada visitante. Fué entonces cuando me reproché no haber llevado a mi esposa y a mis criadas a presenciar el instructivo espectáculo.

—¿Qué te parece?—me preguntó Jiménez orgulloso.

—¡Oh! ¡Muy bien! ¡Admirable!

Sobre la palma de mi mano, la moneda falsa, imitación de las de cinco pesetas, brillaba perfecta... ¡No! ¡Perfecta, no! En el reverso y bajo el escudo había unas letras en relieve. Y las letras decían: "Fabricó Agustín Jiménez".

—¿Qué es esto?

—¡Qué quieres que sea: mi firma,

la firma del fabricante! Comprenderás que mi amor propio no puede permitir que estas monedas se confundan con las fabricadas por el Estado, que son mucho peores. Estas tienen mayor cantidad de plata (a pesar de lo cual son más resistentes que las otras) y más delicada labor. ¡Qué más quisiera el Estado!

—Pero...

—¡Nada, hombre! Ayer, precisamente, estuvo aquí el director de la Casa de la Moneda. Quería comprarme la fábrica. Me ofreció una crecida suma y me dijo que se me concedería una cruz, la que yo quisiera, y una pensión vitalicia. Rechacé los ofrecimientos, e hice bien. No quiero que nadie comparta la gloria que a mí solo me corresponde. Y esta mañana he recibido una carta que me llena de satisfacción. Dice así: "Muy señor nuestro: Tenemos un verdadero placer en enviarle con estas líneas nuestro agradecimiento y la prueba de

nuestro entusiasmo por la labor que para gloria de esta entidad realiza usted. Hora era de que alguien elevase la profesión a la altura que merece. Queda de usted agradecidísima, La Asociación de Monederos Falsos." ¿Qué te parece?

—Muy halagadora.

—Esta carta me recompensa de todos mis sacrificios. Además, y de ello es de lo que me enorgullezco con más motivo, muchos monederos falsos que permanecían en la miseria por falta de trabajo, han encontrado en mi fábrica el cobijo de que tan necesitados estaban. Aquí pueden ganarse la vida honradamente.

Le abracé conmovido.

Los visitantes, entretanto, demostraban su admiración disputándose las monedas que iban cayendo, sonoras y brillantes, sobre la plataforma última.

JOSE SANTUGINI

EL ESCALAFÓN

El *amamos los unos a los otros*, la fraternidad humana, el *hoy por tí, mañana por mí*, no puede subsistir ni llevarse a la práctica mientras los ascensos en las escalas, sean del ramo que sean, se sigan por el sistema del escalafón.

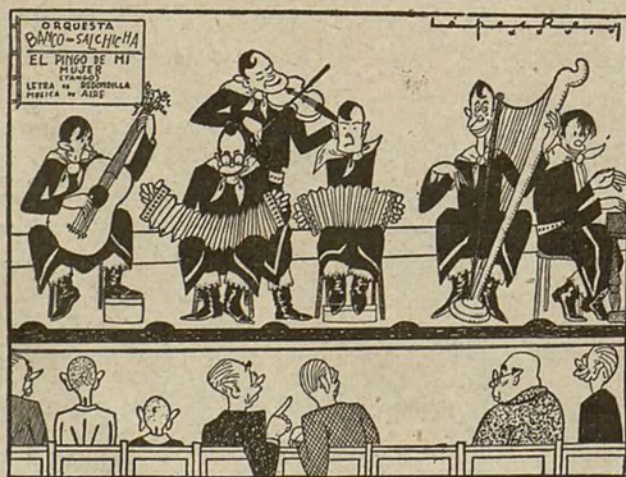
El hombre más bondadoso, más caritativo y más amante de sus semejantes, cuando tiene delante a X compañeros que le impiden mejorar algo de sueldo y, por lo tanto, aumentar el número de los garbanzos y dar más amplitud al trozo de tocino cotidiano, se convierte en una hiena del desierto con tres mil pesetas y descuento.

Eso del tan decantado compañerismo es una ficción externa que mantiene la educación, y detrás de cada sonrisa hay una mueca de odio, debajo de cada gorro oficinesco una tempestad de ideas criminales y bajo cada manguito, que evita el roce de la americana, hay un brazo dispuesto a levantarse sobre la cabeza del compañero en actitud exterminadora.

Yo lo he advertido en las oficinas con las corrientes de aire. Todo es confiar al compañero para convencerle que las corrientes de aire no son peligrosas y establecerlas para ver si la pulmonía salvadora les hace ganar un puesto en la escala, o, por lo menos, a ver si un catarro mal curado les da en fecha más lejana el paso a la categoría inmediata.

Paren mentes, los que se ocupan de estos asuntos, del fomento de la inmoralidad que representa esta organización, y adviertan que socava los cimientos de la sociedad humana, retro trayéndolos a las épocas prehistóricas del canibalismo y la antropofagía.

—¡A Fernández le van a operar la semana que viene!— dice en casa el empleado a su familia, refiriéndose al compañero enfermo.

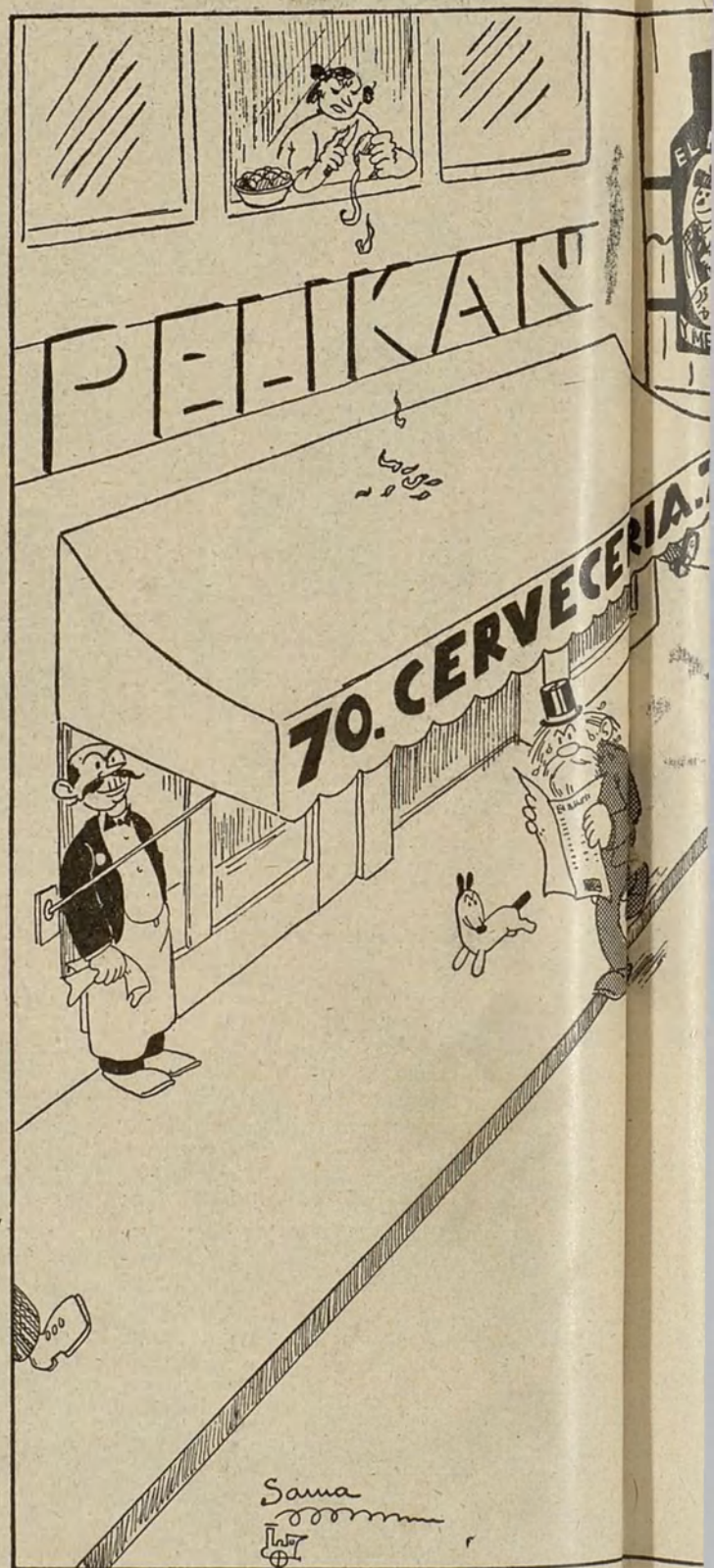


Dib. LOPEZ REY.—Madrid.

—Fíjate en ese. ¡Menuda cara de listo tiene!

—¿Quién dices que es un vivaldes?

—¿Ese? El gachó del arpa... Ayuntamiento de Madrid *quedado cojo!!...*

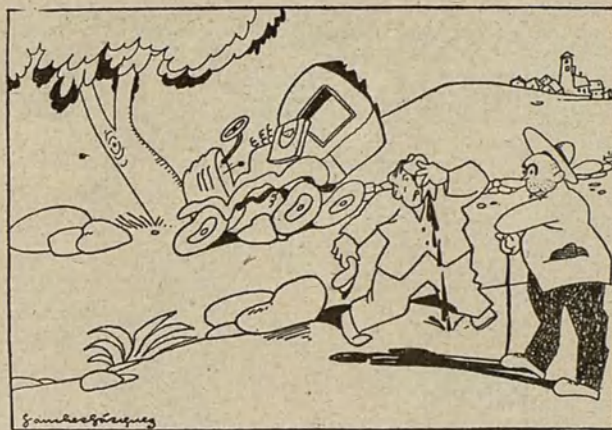


EL PROFESOR (distráido, andando con un pie por la acera y



Dib. SAMA.—Madrid.

por la acera y el otro por la calzada).—¡Atiza! ¡Me he



Dib. SANCHEZ VAZQUEZ.—Málaga.

—¿Dónde hacen reparaciones?

—¿Qué desea usted? ¿Un garage o un hospital?

—¿Qué número haces en el escalafón?—apunta la esposa, llameando en sus ojos la esperanza.

El esposo contesta, algo por el sistema Orlendoff, al parecer; pero la contestación, si se mira bien, es categórica.

—¡Ha dicho el médico que de los que se operan de esto no salen el noventa y nueve por ciento!

—¡Los médicos son demasiado optimistas!

—¿Es a cinco mil la categoría inmediata, verdad papá?—insinúa la hija clorótica.

Y este diálogo trágico, en el cual no se dice lo que se piensa, se repite, y la Parca es la que lleva el movimiento de los escalafones.

Pero, digo yo, no ya este deseo mortífero respecto al compañero, sino hasta el envenenamiento de las obleas o la aplicación de una sustancia tóxica en el engomado de los sobres, ¿no debiera ser considerada como un caso de legítima defensa?

¿Qué más da esgrimir el brazo armado sobre el que en un momento quiere arrebatarnos la vida, que producir la muerte al que, por evitar que ascendáis a un sueldo imprescindible, es la causa de que vuestra alimentación sea insuficiente, vuestro abrigo escaso o vuestra habitación insalubre, cuando unas y otras causas pueden ser motivos de vuestra clorosis, de vuestro catarro o de vuestro envenenamiento, que finalmente os van a producir la muerte!

O variamos el procedimiento para el ascenso en las escalas, o reformamos la ley en el sentido de considerar la existencia de legítima defensa en los asesinatos más o menos alevos entre los compañeros de oficina. No se pide que se estime el arrebato y la obcecación; pero la fuerza irresistible habrá de estimarse, que no hay nada que pueda resistirse menos que el hambre no satisfecha, ir a cuerpo en enero y vivir en comunidad con coleópteros, dípteros, parásitos, tisanuros y miriápodos.

Ayuntamiento de Madrid

ANTONIO PLAÑOL

SEGUNDA PAGINA DEL LIBRO DE MI AMOR

EL RAPTO DE VALENTINA

Cómo la conocí.—En el comedor.—Idilio frente a las estrellas.—El rapto.—El destino nos separa, Valentina!

La conocí en una playa, a la hora efervescente de la bajamar.

Valentina era delgada y bastante histérica.

Tenía los ojos negros, el empeine del pie muy alto y el rostro lleno de una belleza pensativa.

También tenía un primo hermano empleado en la Tabacalera.

En los primeros días me limité a contemplar a Valentina al través de mis gemelos de campo, vueltos del revés. Valentina, tumbada en la arena, se entretenía en cubrirse el cuerpo con tierra, sin duda para completar la obra del *maillot* que dejaba demasiado al descubierto. Cuando ya toda aparecía tapada por la arena, daba un brusco salto, se ponía de pie, se zambullía en el mar y volvía a la playa para hacer la misma operación.

Al cuarto día convertí en certeza una sospecha que ya me había asaltado antes.

—Es completamente idiota — me dije.

Y regresé al Hotel, donde pasé la tarde entretenido en escribir en un espejo—con la ayuda del diamante de una sortija—estos versos de Surjhe, el magnífico poeta indio:

"Mujeres, hombres, fieras... ¿qué más da.
¿Y qué más da un suicidio o un matrimonio?
Y un placer o un tormento. ¿qué más da?
¿Y qué más da el planeta o el manicomio?"

(La traducción de los versos es libre como un reo absuelto).

Cuando acabé de escribir los versos me vestí de etiqueta para la comida y pagué 300 pesetas de indemnización al dueño del Hotel por haberle estropeado el espejo.

Me senté en el comedor. Poco después entró en el mismo un caballero provinciano que resbaló en el parquet y se precipitó contra un camarero que llevaba una fuente de ternera en salsa polonesa. Cayeron al suelo el camarero y el provinciano y no cayó también la ternera porque el *maitre*, que había sido malabarista, la cogió en el aire.

Esta serie de acontecimientos provocaron una juerga de siete minutos en el comedor.

Como tardaban mucho en servirme

y me aburría, le rogué al caballero provinciano que se cayese de nuevo para distraerme otro rato; pero el caballero, en lugar de hacerme caso, se indignó y me dió su tarjeta:

Decía así:

CAMILO FERNANDEZ

Tratante en cerdos

Rompí la tarjeta y cogiendo a don Camilo del brazo le llevé a una mesa donde un huésped comía, cogiendo los macarrones con los dedos.

—Con quien debe usted tratar es con este señor—le dije a don Camilo, y me volví a mi sitio.

Entonces descubrí a Valentina, que comía junto a sus padres y que me miraba con sonriente insistencia por el espacio existente entre el búcaro y una botella de *O'Rabby*, fino de mesa.

Estuvimos mirándonos y sonriéndonos durante toda la comida.

Al concluir, los papás se llevaron a Valentina del comedor, prohibiéndola volver la cabeza. Pertenecían a esa especie de padres que ignoran que guardar a una hija que no quiere ser guardada es tan difícil como partir una nuez golpeándola con un plato no maduro.

Valentina no volvió la cabeza, pero llevó a la espalda su mano derecha y al pasar junto a mí afiló sus dedos con un gesto que quería decir: "Ven".

No fui porque estaba tomando una crema de chocolate, y cuando tomo crema de chocolate deja de existir para mí el Universo.

Pero a las once en punto yo estaba en el jardín del Hotel mirando las estrellas. Y Valentina apareció a mi lado cubierta con una chilaba de baño.

—¿Qué hace usted?—me dijo.

—Miro las estrellas—repliqué.

—Sin embargo, ahora está usted mirando mis ojos.

—Es verdad. Perdón; me había confundido.

(Invito a todos los poetas cursis que andan por ahí y a todos los escritores mediocres que presumen de lirismo a que escriban un madrigal más

delicado y mejor dicho que el que encierra el diálogo anterior. Y conste que sólo lo señalo para hacerme justicia, cosa que de vez en cuando es conveniente).

—Hace cuatro días—exclamó Valentina—que va usted a la playa a mirarme con los gemelos del revés. ¿Por qué hace eso?

—Porque con los gemelos del revés la veo a usted tan pequeñita y tan lejana que me hago la ilusión de que su cuerpo es perfecto. Además, para que una mujer se acerque a nosotros es imprescindible que primero esté lejos.

—Habla usted muy bien.

—Es que me ejercito todos los días frente al espejo.

Súbitamente, Valentina, que me miraba con los ojos entornados, como se mira a la gente los días de sol y las obras de arte, se apoyó dulcemente en mi brazo y murmuró con voz desfallecida:

—Enrique...

Yo la contesté:

—I love...

—¿Qué has dicho?

—He dicho "te amo" en inglés. Es lo único que sé decir en inglés, y si no aprovecho la ocasión de soltarlo, me voy a quedar con las ganas de hablar en el idioma de Jack "el destripador".

Por toda respuesta, Valentina se apretujó contra mí y preguntó mirando a las estrellas:

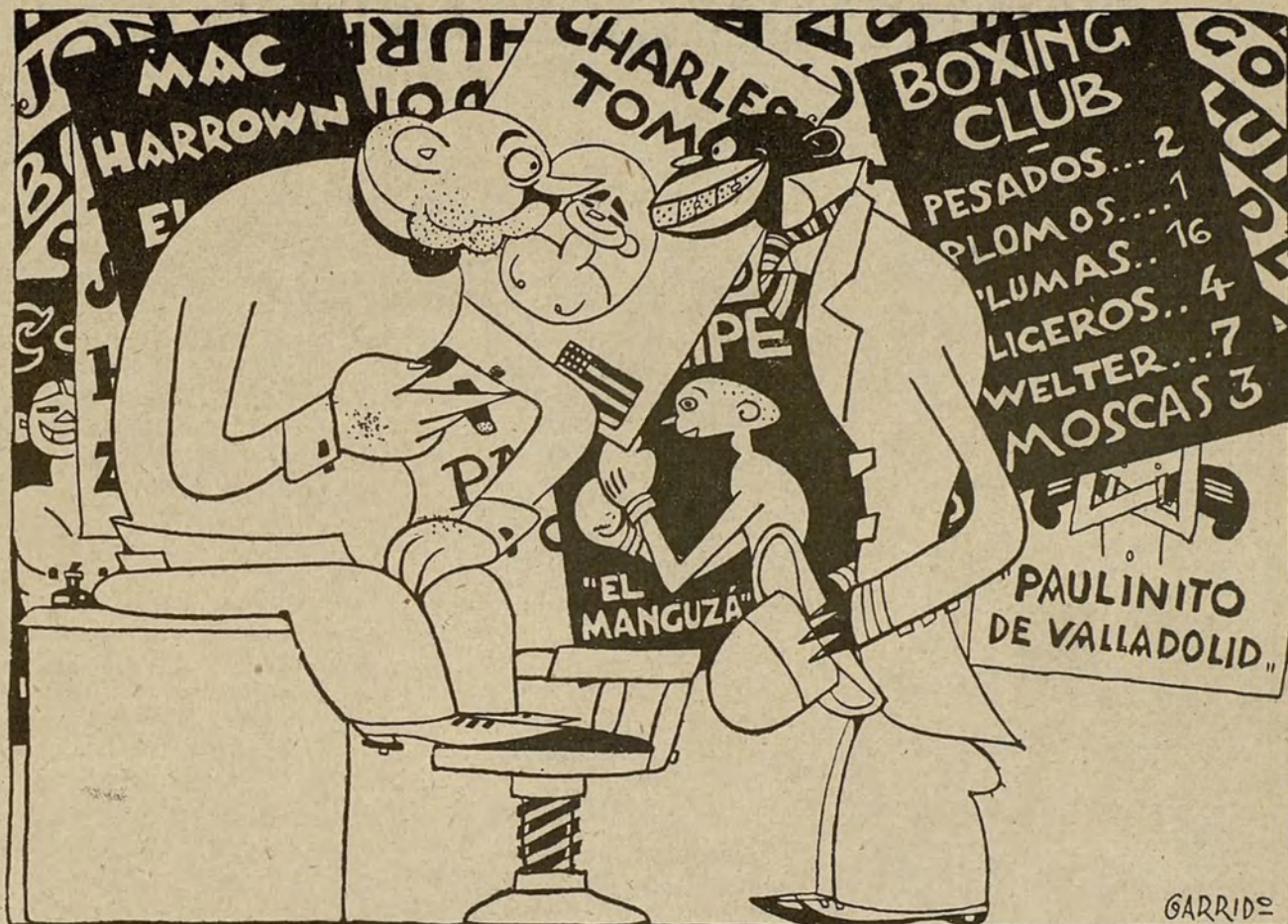
—¿Dónde está el "carro"?

Como comprendí que las estrellas le tenían absolutamente sin cuidado, la contesté que el "carro" estaba en la cochera y acto seguido la estreché contra el "smoking" cerca del sitio donde se halla ese órgano sanguíneo que se llama corazón y al que todo el mundo echa la culpa de las simplezas y los errores de su vida.

Entonces Valentina, llena de confianza y con el acento que habría empleado para decir: "Cómprame un abrigo de pieles de Oremburgo", exclamó:

—Ráptame.

E insistió:



—Yo nunca contrato boxeadores negros... Lo que al público le gusta es que salgan boxeadores blancos y se pongan negros después...
Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Ráptame, Enrique. Mi vida de soltera es odiosa.

—¿Por qué no aguardamos al día 15 que concluye la temporada veraniega? —propuse—. Tengo pagado el hotel hasta entonces...

Como siempre que a una mujer se le propone algo lleno de lógica, Valentina se echó a llorar y a jurar que era muy desgraciada.

Pero hay dos cosas que a mí me ponen frenético: el llanto de las mujeres y los hombres que son gordos antes de cumplir los treinta años. Así es que corté aquella llantina diciendo:

—Vamos, Valentina. Ven. Te raptaré. ¿Prefieres que te lleve en brazos o nos escapamos en el automóvil de tu padre?

—En el automóvil de papá. Espera un instante. Voy a coger mis cosas de tocador y a arreglarme un poco.

Desapareció camino del hotel.

Pasaron tres horas.

Por fin, bajó Valentina.

Sacamos el auto del papá de Valentina y lo puse en marcha. Treinta y dos veraneantes y todo el personal de las cocinas y del taller de planchado del hotel estaban allí despidiéndonos. Las muchachas abrazaban a Valentina, que estaba radiante.

—¡Adiós, niña!

—¡Qué suerte tienes! Raptada tan joven...

Otras personas me daban consejos:

—Cuidado... A tres kilómetros de aquí hay una curva muy peligrosa entre dos badenes. Al llegar allí, quite marcha.

El auto arrancó entre un vocerío de adioses. Valentina, entusiasmada, me abrazaba y me dirigía las frases más dulces.

Luego lloró otro ratito, suspirando:

—La pobre mamá... La pobre mamá... La pobre mamá...

En seguida reaccionó y quiso hacerme volver para recoger del hotel una novela que había dejado a medio leer.

Yo pisaba el acelerador sin decir nada.

Salvamos los tres primeros kilómetros. Llegó el primer badén y el coche dió un salto y se metió en la curva a setenta y cinco por hora. En el segundo badén el salto fué tan grande, que tuve que aferrarme al volante para no salir despedido. Pero Valentina no tenía volante al que agarrarse y desapareció por encima del parabrisas.

—¡El destino nos separa, Valentina!—grité.

Y continué camino adelante con el coche del señor Pérez Camucho, que me ha resultado bastante bueno.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

COMPROMISO JAPONES

Quizá, lector, por la Prensa
te habrás enterado tú
de que hoy en casarse piensa
el príncipe Chin-Chi-Bú.

Chin-Chi-Bú no es un doncel
de regular posición,
sino un hermanito del
emperador del Japón.

No sé si vale gran cosa
o no, ni si es gordo o flaco;
lo que sé es que se desposa
con la princesa Nisako.

Ni saco de ello provecho
ni ello me inspira interés;
mas que se casa es un hecho
el príncipe japonés.

¿Qué les envío a los novios
como regalo nupcial,
yo que vivo con agobios
por la falta de metal?

Lo que no puedo entender
(te lo digo como hay Dios)
es que yo, sin conocer
a ninguno de los dos,

reciba desde el Imperio
una postal del demonio
participándome en serio
su próximo matrimonio;

que es lo mismo que decir,
sin la menor aprensión:
"Nos tienes que remitir
un regalito al Japón."

Y en un aprieto me pone,
pues no sólo le acomoda
que le obsequie; ¡me propone
ser testigo de la boda!...

¿Por qué me invitan a ella?
¿Les gusté en algún retrato?
Pues no es pasar la mar bella
igual que pasar el rato.

Tan extraña invitación
es del propio Belcebú.
¡Reconfucio con la unión
de Nisako y Chin-Chi-Bú!...

Y estando medianamente
de guita en esta ocasión,
¿qué obsequio medio decente
voy a llevar al Japón?

¿Qué le llevo a Chin-Chi-Bú
que no tenga por allí?

¿Un retrato de Mambrú?
¿Un pastel de chantillí?

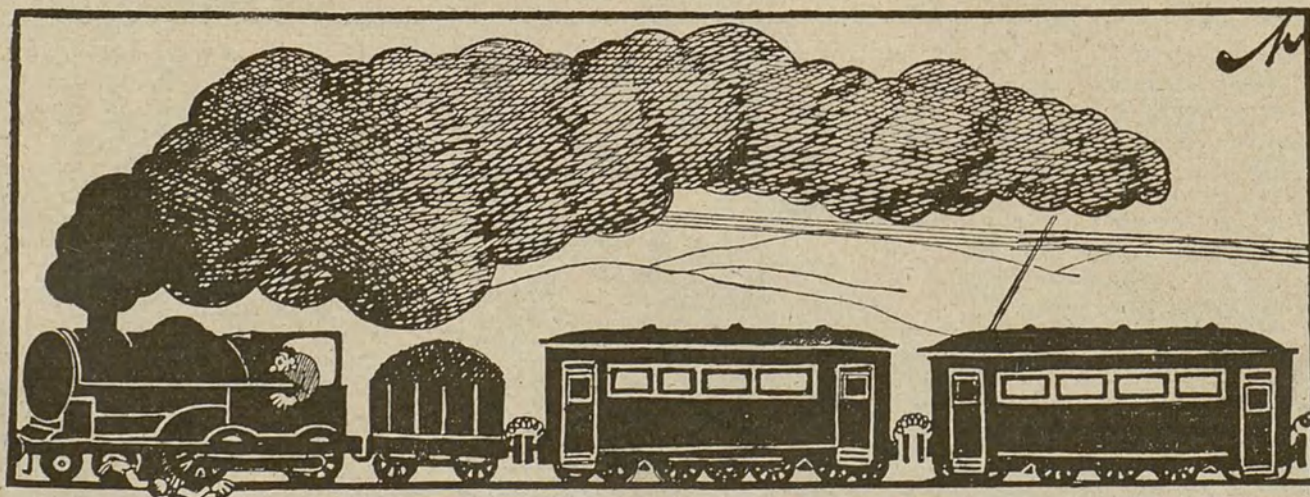
¿Llevaré una piel de zorra
para ella en un envoltorio?
¿Le gustaría la porra
de un guardia circulatorio?

¿Llevaré un bote de atún
o un rueda para los pies?...
¡Cualquier cosa menos un
abanico japonés!

Quizás esta tontería
te indigne, lector y dueño.
A mí es la cuestión que hoy día
me quita el humor y el sueño.

¡Por eso, aunque más que a un caco
me insultes y me hagas ¡fú!
te he dicho lo del atraco
de la princesa Nisako
y el príncipe Chin-Chi-Bú!

JUAN PEREZ ZUNIGA



EL MAQUINISTA.—¡Pero hombre!
Si ahora chilla usted de ese modo,
¿qué va a hacer cuando pase el úl-
timo vagón?

Dib. MONDRAGON.—Barcelona.



—Caballero... ¿Quiere usted que nos compremos un par de botas?

Dib. RAMIREZ.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

¡El arte mudo tiene la palabra!

Hemos presenciado en la semana anterior un triunfo enorme de la Medicina: el hacer que un mudo de nacimiento hable y cante y meta todo el ruido que le dé la gana.

Aprovechando el paso por Madrid de tantas eminencias médicas como tuvimos el honor de albergar en nuestra corte la semana pasada, hubo un empresario teatral a quien se le ocurrió reunir en consulta a todos ellos a fin de ver si conseguían que el Arte Mudo dejara de ser mudo.

El empresario en cuestión ha sido el empresario del Cine del Callao. Naturalmente. Siendo mudo el arte cinematográfico, había de encontrarse en el Cine del Callao como en su centro. Pero el dueño de la casa sufría, por lo visto, de que su ilustre huésped no pudiera levantar la voz y alzar el gallo.

Intervinieron, en vista de ello, los doctores, el doctor De Forest principalmente, según nos han contado; y, desde ahora ya, en el Teatro de las Sábanas Blancas, donde antes había oscuridad, claro de luna y trajín de sombras silenciosas, las sombras cantan, hablan y hacen música.

Es un hecho, señores de mil alma. El arte mudo tiene la palabra.

Y que la tiene, sin discusión. El resultado de la operación ha sido concluyente. Hemos visto y oído graznar a un ganso, ladrar a un perro, mugir a una vaca, discursar a unos hombres, salir pitando a un tren, tocar a una orquesta y representar "Rigoletto", "con todo"—incluso con las ridiculeces inherentes—, a una compañía de ópera.

A nosotros, en cambio, se nos ha cortado la voz pensando en lo que nos espera.



Dib. LOPEZ REY.

—Quiero que nos mudemos, porque este piso es muy alto para mí.

—No seas sosa, que así vivimos como los ángeles.



OROCREMA
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!

Es el mejor tratado de belleza de la piel

Es una
producción
de

**LOS
PERFUMES
DE TASARA**



BADALONA

Pues lo que puede ocurrir por este camino, es algo que ni lo podemos sospechar. En el Reino de Maya de nuestro Angel Ganivet, corrompe las costumbres del Reino un hecho tan sencillo como el de inventar la luz artificial. En cuanto disponen de unas antorchas o teas de gran llama y duración, las gentes de Maya no duermen ya por las noches, y, en vez de retirarse a descansar, pernoctan y andan mayando en medio de la noche, como los gatos y como nosotros los civilizados. Por eso está en su punto que se le llame La Bombilla a un sitio de nefando esparcimiento y calaverón devaneo; porque, gracias a la bombilla, se ha hecho grave y prolongada y descarada la vida de la pernoctación pecaminosa.

Antes, la noche tendía su manto y sus mantas, y todo iba bien, de tapadillo; la Bombilla, sin bombillas, quedaba esfumada en la penumbra del quinqué. De noche, y camino del Pardo, todos los gatos eran pardos igualmente. Pero se inventó la bombilla, se instaló la pera incandescente, y la juerga entonces se desarrolló a plena luz: sin recato, sin manto y a cartas vistas. Triunfó la poca vergüenza.

¿Qué transformación traerá consigo el "Fonofilm", que así se llama la película parlante? No lo sabemos; pero que la transformación será de consecuencias, no lo duden.

Por lo pronto, nosotros hemos podido hacer la otra noche dos observaciones importantes: una, que era delicioso escuchar el canto del gallo, el mugido de la vaca y el graznido del ganso; otra, que era inaguantable la elocuencia del hombre. En cuanto oíamos a una criatura humana soltar

un discurso, comenzaron nuestras fatigas.

Era lo que había que ver; pero no —¡no, vive el cielo!— lo que había que oír. Se tapaban ustedes los oídos y veían en la pantalla a un señor de apariencia inofensiva y de modales correctos y sencillos, naturales. Se destapaba usted los oídos y se encontraba con que también aquel señor se había destapado y estaba soltando un discurso inacabable que se traía embotellado. Decimos "embotellado" porque salía a golpes, atragantándose, como el líquido de una botella que quiere salir con demasiada precipitación y coge aire. El discurso aquel, como también era, en su mitad, aire—o flato—, se le atragantaba en el gargante y nos hacía a nosotros estar tragando saliva y empujando, agarrados al brazo de la butaca, a ver si con nuestra ayuda de tirón se le desatracaba el grifo del verbo...

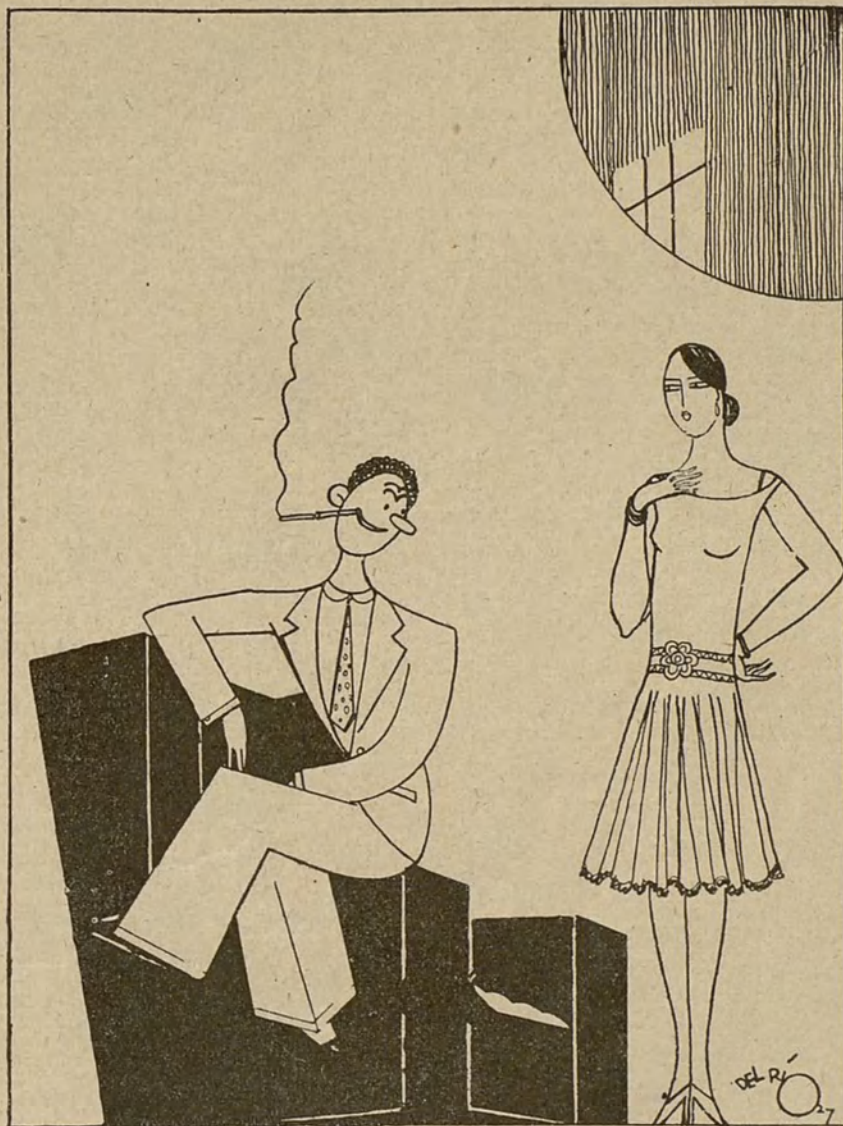
¡Caray con el verbo!... Era el verbo "Hay que fastidiarse", o alguno por el estilo.

¿Qué va a ser, Dios de justicia, de nosotros en cuanto se desarrolle la elocuencia fonofilmática? ¡No queremos ni pensarlo!

Hoy vemos, por ejemplo, en la sección de actualidades, de revista o noticiario la colocación de más o menos piedras y la inauguración de más o menos monumentos, y todo se reduce a ver pasar cuatro levitas con sus correspondientes chisteras. Desde ahora nos colocarán los discursos respectivos.

Y no queremos pensar lo que supone un discurso tomado en cinta sensible. Hasta ahora se había medido a reloj la verborrea; pero desde ahora se medirá por metros. "El eminente señor presidente de... pronunció ayer un brillante discurso de trece kilómetros de cinta. El discurso más largo del mundo". Las películas se miden actualmente por kilómetros; los discursos fonofilmáticos se medirán también mañana por rollos de gelatina. Tendrá, entonces, verdadero sentido lo de "desarrollar" un tema y lo de la elocuencia "arrolladora".

ONYX el carmín líquido es lo más chic y práctico



OBSESION

Dib. DEL RIO.—Madrid.

—¿Cuándo piensa tu hermana en casarse?
—Constantemente.

Para que se hagan cargo del peligro bastará que piensen en esto: que ahora, ante cuatro gatos, hay quien coge la palabra y no la suelta. ¿Qué ocurrirá desde hoy, cuando el orador sepa que su verbo y su chaqué van a ser admirados por todos los espectadores—y auditores—en los Fonocines del mundo? ¿Qué ocurrirá cuando piensen que de su boca están saliendo, no ya palabras que se lleva el viento, sino metros y más metros de cinta imperecedera, como solitaria inacabable de elocuencia? ¿Qué ocurrirá?

Pues ocurrirá lo que ocurre ahora con la otra solitaria: que habrá que darles una medicina para que echen la cabeza de una vez; esa cabeza que no sirve más que para eso: para fabricar cinta y más cinta que molesta tanto al paciente.

MANUEL ABRIL

FRICOT

Crema. Para la conservación y hermosura del cutis. La de mejores condiciones higiénicas

F. Betrian. Hospital 113. Barcelona

DEL BUEN HUMOR AJENO

El cazador de elefantes, por Arkady Avertchenko

Me hallaba sentado en un café, recostado en el diván, cuando llegaron a mis oídos las palabras más extraordinarias que se hayan jamás pronunciado en la tierra.

—Cuando cazaba yo elefantes en América del Sur...

Arrojé una mirada por encima del diván: un joven insípido y rubio peoraba inclinado hacia dos encantadoras personas que lo escuchaban con la boca abierta. ¡Deliciosas boquitas rosadas!

—Debo decirles que los elefantes americanos se distinguen por su terrible ferocidad...

No pude contenerme. Me levanté, me acerqué al grupo y, excusándome cortésmente con las señoras, abordé al mozo:

—Usted miente—le dije, midiéndolo con mi mirada franca—, y no puedo consentirlo.

El joven se sobresaltó y un relámpago pasó por sus ojos.

—¡Señor! ¡Me dará usted explicaciones!

—Con mucho gusto. Pero... acaba usted de mentir a estas damas.

—Este joven nos contaba únicamente—intervino una de ellas—sus proezas en América como cazador de elefantes.

—Señora... es que sucede que en América no hay elefantes. Estos no habitan más que en África y Asia.

—¿Sí? ¿Entonces cómo puede contar este señor que ha matado cuatro en América?

—Está muy claro: ¡Miente!

—¡Caballero!—exclamó el joven con gran coraje—. ¡Me dará usted explicaciones!

—Cuando quiera. Mas eso no probará que los elefantes habitan en América.

Una de las señoritas se echó a reír. Su acompañante sintióse por ello tan vejado que, rojo de cólera, volviéndose hacia mí:

—Espero que habrá comprendido señor...

—¿Un duelo? A sus órdenes. Deme usted su tarjeta.

Fúnebre, buscó en su cartera y, con gesto de espadachín, me tendió una cartulina.

Nos inclinamos ceremoniosamente, y yo salí.

A las siete ya estaba yo sobre el terreno, rodeado de mis padrinos y el médico. Al cabo de diez minutos, el coche de mi adversario apareció a lo lejos.

Mis padrinos lo abordaron, hablaron con los suyos y, después de medir la distancia, nos entregaron las pistolas.

Como sucede siempre, sea por delicadeza, sea por desprecio al enemigo, afectamos mi rival y yo no reparar uno en el otro.

Nos colocaron cara a cara. Yo levanté mi pistola, apunté y de pronto... la dejé caer, estupefacto, anonadado por asombro.

—¡Escuchad!—grité a mis padrinos—. ¿Es este el mismo?

—¿El mismo qué?

—El mismo adversario; el que fueron ustedes a desafiar.

—Naturalmente. ¿Quién había de ser? Fuimos a buscarlo a las señas que ponía la tarjeta...

—¡Pero si este señor es moreno, mientras el que me provocó era rubio!

Una conversación análoga tenía lugar del otro grupo.

—¡Qué demonio!...—oímos gritar



—Camarero, esta agua está con barro.

—¡Perdón, señor! No es que tiene barro; es que la botella está sucia.

a mi adversario— ¿Quién es ese tío? Lo veo por primera vez.

Mis padrinos se indignaron.

—¡Perdón!... Pero fué con usted mismo con quien discutimos ayer! Y usted nos dió su consentimiento.

—Lo dí porque yo creía que venían enviados por el individuo que me había provocado. Pero contra ese individuo no tengo nada que hacer. ¡Si hasta tiene para mí un aire bastante simpático! Buenos días, señor. ¿Cómo está usted?

—Buenos días, señor—respondí, dándole la mano—. Diga, pues... ¿Esta tarjeta es realmente suya?

—Sí, señor. Se la di a ese rubio que...

—¡Espere usted!—exclamé lleno de gozo—. ¿Un jovencito rubio, anémico, con ojos de besugo, mentiroso a más no poder?

—El mismo. Aseguraba delante de mí que había estado casado con Sara Bernhardt y que a causa de él, por celos, se había cortado la pierna. Entonces yo le agarré por las solapas y...

—Yo lo apostrofé a propósito de elefantes. ¡Aseguraba haber cazado varios en América del Sur!

Empeñóse la conversación y regresamos a la ciudad, muy amigos. Comimos juntos y resolvimos dar una vuelta.

.....
Mi nuevo amigo, de repente, me tiró de la manga.

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—El marido de Sara Bernhardt, el cazador de elefantes. Ahí, delante de nosotros con una señorita.

Los alcanzamos y prestamos oído a su conversación:

—Mire usted, señora, para los duelos no temo a nadie. Pero los hombres, ¡ay!, se han vuelto tan flojos... En el transcurso de estos tres últimos días, por ejemplo, he tenido dos provocaciones. Pues bien, ni el uno ni el otro me han enviado todavía sus padrinos. Han tenido miedo. ¡Ja, ja!... Y yo, ingenuo como soy, no me he movido de casa. Los esperaba siempre. He aquí, pensaba, dos pistoletazos a lo menos para calmar mi sed de aventuras. Pues, en general, amo las sensaciones fuertes. Figúrese usted que un día en Italia estaba yo atravesando a nado las cataratas del Niágara...

Estallamos a carcajadas y dimos media vuelta, alejándonos. P. L. M.

Chistes de todo el mundo

—Robertito, si estuvieras sentado en un tranvía donde todos los asientos estuvieran ocupados y entrase una señorita, ¿qué harías?

—Hacerme el dormido.

De Lafayette Lire.

—¿Ha conseguido su marido tener un trabajo fijo, señora Jones?

—Creo que sí. El juez le ha condenado a veinte años de trabajos forzados.

De Goblin.

El negro.—Deme usted un cepillo de dientes.

El dependiente.—¿De qué tamaño o desca usted?

El negro.—El más grande y el más fuerte; somos diez de familia...

De Chaparral.

—¿Es verdad, papá, que las orejas grandes indican generosidad?

—Sí, hijo mío; generosidad de la naturaleza.

De Dorfabbier, Berlín.

Un viajero, al llegar a un Hotel, colocó su paraguas en el paragüero con una tarjeta que decía: "Este paraguas pertenece a un hombre que es capaz de dar una bofetada con una fuerza de 250 libras, y volverá dentro de diez minutos."

Al regresar al Hotel, se encontró con otra tarjeta en el paraguas que decía: "Esta tarjeta pertenece a un hombre que puede andar diez millas por hora y no volverá."

De Annapolis Log.

—Un amigo me acaba de decir que me parezco mucho a usted.

—¿Dónde está ese caballero?; porque le rompo la cara.

—Ya se la he roto yo.

De Lidney, Bulletin.

—Papá, ¿te acuerdas que me prometiste darme diez pesetas si salía bien en los exámenes este año?

—Sí, Tomasín.

—Bueno, papá, ya no tienes que hacer ese gasto.

De Christian Leader.

La señora (a la criada).—Ana, me parece que tiene usted muy poca experiencia en el trabajo.

Ana.—¿Poca experiencia, y he tenido siete colocaciones en tres meses?

De Fliegende Blätter, Munich.

—Permítame usted que le presente a mi mujer.

—Muchas gracias; pero ya tengo una.

De Centre Colonel.

Hasebach pasa por delante de un restaurante donde salen dos hombres.

El primero.—Mira, ese viejo que pasa es un bandido que me ha robado ocho mil libras.

El segundo.—¿Cómo ha sido eso?

El primero.—Que no me dejó casarse con su hija.

De Der Brummer, Berlín.

—En América, si usted besa a una muchacha tiene usted que casarse con ella.

—¿Entonces está permitido la poligamia?

De Fliegende Blätter, Munich.

—¿Por qué está tan triste, doctor?

—Un enfermo mío acaba de morir!

—No importa; quizá hubiera muerto de todas maneras.

De Nagels Lustige Welt, Berlín.

—¡Hola, amigo! ¿Qué hace usted por aquí?

—Estoy pasando la luna de miel.

—¿Y la esposa?

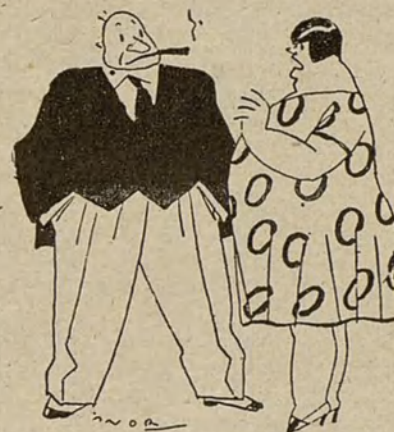
—Bien, gracias. Se ha quedado en el pueblo para atender al negocio.

De Legión Weekly.

—El mundo es redondo, ¿no es eso?

—Exacto.

—Entonces, si yo quiero ir hacia el



ELLA.—Maldito el día que nos casamos.

EL.—No tienes razón; porque es precisamente el único día que fuimos felices.

Este, puedo salir en dirección Oeste, ¿verdad?

—¿Qué es usted?, ¿conductor de un taxi?

De Hamiltó Royal Gaboon.

El juez.—¿Quizá usted cometió el delito impulsado por una fuerza mayor?

El acusado.—Sí, señor: por mi mujer que me decía que solamente se separaría de mí si me llevaban a presidio.

De Megendorfer Blaetter, Munich.

—Mi hija se incomoda conmigo porque no me corto el pelo con bastante frecuencia.

—Pues yo, jamás me corto el pelo.

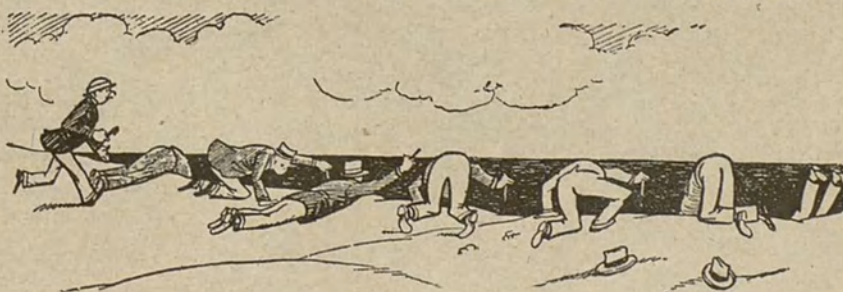
—¿Cómo?

—Es que dejo al barbero que me lo corte.

De Denison Flamingo.

—Ella es el vivo retrato de su padre, y el fonógrafo de su madre.

De Hamilton Royal Gaboon.



El mar Negro... y los judíos llenando sus plumas estilográficas...



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente sobre y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

SEÑORAS SOMBREROS

Bonitos modelos, fieltro desde 15 pesetas

LA HORRA Fuencarral, 26, etl.º
Visite la exposición

Entre boxeadores.

—Yo siempre que voy a tener algún combate me voy embarcado.

—Pues yo procuro irme entrenado.

Armando Ruido.—Alicante.

Un "pollo bien" se acerca a un puesto de refrescos callejero y dice al vendedor:

—Deme usted cebada con paja

—Pues lo mismo le había "dao" pedir pienso completo, señorito—contestó el mozo.

El hombre serio.—Madrid.

¿En qué se parece el último gobierno del régimen antiguo a la noche de San Juan del pasado junio?

En que se marchó con el Alba.

Emilio Martínez.—Tetuán.

En la fonda.

—¿Cuánto siento no haber venido el otro viaje a esta fonda!

—¿Por qué, señorito?

—¿Porque así no hubiera venido hoy...!

Pietín.—Enguera.

El mendigo (con tono quejumbroso).—¿Una limosnita para este pobre herido en el esternón!

El transeunte.—¿En dónde dice usted que le han herido?

—En el esternón, señor.

—Bueno, tome usted la limosna, pero le juro que jamás he oído nombrar tal batalla.

R. F. G.—Santiago.

—Oye, ¿qué es una deuda flotante?

—¿Qué pregunta más tonta; un vapor hipotecado!

Manuel Carbajosa.—León.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Alberto, te encuentro mucho más frío que cuando nos casamos.

—¿Es que te crees que soy un termo, para conservar el calor?

Antonio S. García.—Puente de Vallecas.

—¿Ascendió, al fin, su hijo?
—Sí, señora; al cabo le hicieron sargento.

Chinito.—Valladolid.

En un día de mucho calor dos amigos se ponen a coger las uvas de una parra pequeña que hay en un jardín, y dice uno de ellos:



Fascinación, o el cobrador antirromántico.

De The Passing Show.—Londres.

—¿Qué calor; esto es asarse!
—No es extraño que nos asemos estando en la parrilla.

Enrique Soria.—Madrid.

Ella.—Si llego a saber lo tonto que eres, no me caso contigo.

El.—Ya lo debiste comprender, cuando me decidí a pedir tu mano.

Vicente de Castro.
Puente de Vallecas.

Examen matemático.

—Si se le presentase un problema difícil, ¿qué medios emplearía para resolverlo?

—Dejarlo para el día siguiente.

—¿...!

—Claro. ¿No ha oído usted decir siempre: la solución mañana?

Una morena.—Valladolid.

Varios aficionados fueron a representar Don Juan Tenorio a un pueblo y en el momento del duelo entre D. Juan y D. Luis, aquél no pudo sacar la espada de la vaina y en vista de eso, se dirigió a D. Luis y le arreó una bofetada; D. Luis cayó muerto y el público se empezó a reír. Don Juan que se dio cuenta de ello, para arreglarlo, dijo la siguiente frase al público: "Señores, la bofetada estaba envenenada."

P. P.—Gijón.

El domador a su criado:

—Ha dejado usted abierta la jaula del león y eso es una imprudencia temeraria. Que no vuelva a ocurrir, porque en este país hay muchos ladrones y un día nos lo robarán.

S. L.—Barcelona.

Examen de Derecho Canónico.

—Siendo la institución papal patrimonio exclusivo del hombre, ¿conoce usted algún papa que haya sido mujer?

—Sí, señor; la papalina.

Modestito.—Madrid.



—Dice la señora que hace tres días que la leche es riquísima, y que si también a ustedes les han cortado el agua.
De Pete Mele.—París.

Gedeón en el "cine".

—Dispensarme chicas que no os haya saludado antes; pero como habéis entrado cuando la sala estaba a oscuras no os he visto.
Adelita Peyrona.—San Sebastián.

La señora de la casa, fijándose en la excesiva gordura de su gata, dice a su marido:

—Mira, Gorrínez, no me cabe la menor duda: aquí hay gato encerrado.

José Estévez Carpintero.
Santiago.

Un joven fué llevado ante un juez de paz.

—¿Qué le trae a usted aquí?

—Tráenme dos polizontes.

—Por borrachera, ¿eh?

—Sí, señor. ¡Los dos estaban borrachos!

Amparito A. C.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un aporador?

—¿...?

—Dedicarse a parar trenes.

López-Camacho.

Puerto de Santa María.

Unos soldados están jugando con una pelota en el patio del cuartel y un capitán que lo está viendo, le dice al alférez Mota:
—Oiga Mota: Tome nota de ese soldado de cuota que lleva

rota la bota y juega con la pelota.

—Mi capitán; ¿dice aquel de la cabezota?

Pompas fúnebres.—Enguera.

Un matrimonio de bastante edad iba paseando por una carretera. De momento aparece un toro. El marido, con la mayor rapidez, trepa por un árbol y gana la copa. La esposa, al pie del árbol, pedía socorro a su esposo en gritos sin consuelo.

Ella.—¡Benito! ¡Socórreme!

El.—¿Que te socorra?... ¡Hábertelo casado con el Guerra!

Francisco Olivas Navarro.
Madrid.

En una oficina.

El Director.—Pero hombre, Pérez... ¿Hoy también tarde?... ¡Esto no puede continuar así ni un día más!

Pérez.—No, señor Director, verdaderamente esto no puede seguir así. Presente usted hoy mismo la dimisión.

F. N. F.—Madrid.

Entre amigas.

—Chica, anoche pasé un ca-



—¿Tiene tu novio malas costumbres?

—¡Ay, papá! Desgraciadamente, sí. No fuma, no bebe, no baila el charleston...

De Life.—Nueva York.

lor atroz en mi habitación; no pude dormir...

—Porque dormirás con la luz apagada.

—¡...!

—Sí, mujer, porque en cuanto la enciendas tienes corrientes!

"La Estaca".—Enguera.

Entre amigos.

—Por qué ayer no fuiste a comer a mi casa y fué solo tu mujer?

—Hombre, como dijiste que



INCERTIDUMBRE
—¿Será ella? ¿Será mi futura cuñada?
De L'Intransigeant.—París.

tenías pa-ella, ¡pa qué iba a ir yo!

Angel Maroto.

El dueño de una tintorería tenía un hijo que quería ser matador de toros, a lo que el padre se oponía por querer que su hijo siguiera su negocio.

Un día surgió la bronca.

—Padre, pues yo quiero ser torero...

—¿Torero tú?

—Sí, padre.

Y el tintorero cogió una estaca y comenzó a sacudir golpes en la espalda a su hijo al mismo tiempo que decía:

—¡Ten torero!... ¡Ten torería!... ¡Ten torero!... ¡Ten torería!...

Hércules.—Enguera.

Dos amigos se hallan en una caseta de baño. Uno de ellos está lavándose el cuerpo debajo de la ducha, el otro ya vestido traga el último mordisco de la merienda.

El que se lava.—Oye, Pepe, haz el favor de alargarme el paquete de la esponja.

El otro se levanta y entre-



—Vengo a decirle que la medicina le ha hecho a mi marido un efecto increíble. Ayer no podía levantar el brazo, y esta mañana me ha dado una palisa que daba gusto verlo.

De Die Muskete.—Viena.

ga a su compañero el único envoltorio que queda en la caseta.

El que se lava (después de desenvolver el paquete).—Pero, hombre, ¿qué me has dado aquí? Esto es un pastel.

El otro (con espanto).—¡Caramba! ¿Entonces, qué me mandado yo?

Gabriel Just.—Barcelona.



CORRESPONDENCIA

mu y particular

Honorables caballeros literatos y títulos de sus dolorosos partos que no han logrado la sonriente conclusión de que nuestros brazos les acojan.—Forman la penosa lista que hoy tenemos que lamentar, las siguientes producciones y consiguientes productores: *Una vida trágica* (por Narciso Vulcano, de Madrid); *El terno nuevo y Helios y nosotros* (por Don Inigo, de Buenos Aires); *La "vate"* (por Sara N. Piñón, de Madrid); *El régimen liboriano* (por S. B. de la T., de La Puerta de Segura, provincia de Jaén); *Coplas y más coplas* (por P. de A., de Madrid); *La vuelta a Vizcaya* (por Sacha du Tanno, de Sevilla); *Historia histórica combinada con combinaciones y en verso* (por D. S., de Madrid); *A honor* (por F. M., de Corunada de la Serena, provincia de Badajoz); *El guardia de la porra visto metafísicamente, la triste odisea de los pantalones blancos y ¿Quién es la garcón?* (por G. I., de Madrid); *Una cacería regia y La aventura de Aristarco* (por F. T., de procedencia desconocida); *Ultraismo, ultraismo...* (por Xinino, de Gijón); *Intimidades* (por Perezadilla, de Madrid); *Pensión completa, tres pesetas* (por Juan del Parral, de Madrid); *A media luz* (por

Sir Evan Laceetf, de Zaragoza); *El canto del mirlo* (por P. R. C., de localidad ignorada); *La tragedia de un peón y Un caso de espiritismo* (por Al-Kántara, de El Escorial); *Gesto romántico* (por A. S. L., de Madrid); *Mis disposiciones* (por M. M., de Madrid); *Y la luz se hizo* (por Raveleski,



—No puedo ver pegar a una mujer.
—De modo que cuando ves un hombre pegando a una mujer, tú...
—¿Yo? Cierro los ojos.

de no se sabe dónde); *Ecos de Sociedad* (por J. P. (hijo), de Madrid); y, para terminar, *El mundo de los vivos* (por E. C. H., de Orense).

V. L. J. Madrideojos.—El escaso número de profesores veterinarios que nos leen, hace que su conmovedora narración, titulada *El burro muerto*, no ofrezca el interés consiguiente para que nos parezca un negocio reproductivo su publicación.

Pirro. Barcelona.

Pirro no ganará un perro si escribe cosas tan neclas como *La espada de hierro* "El bote de las especias."

S. F. Madrid.—Su cuento militar, ni aun vestido de paisano tiene pase.

S. M. P. Valencia.—Esa cosa pestilente que osa usted de los bolcheviques, lo dice porque esos señores están muy lejos. Pero nos jugamos la córnea transparente a que no la repite usted en Moscou, ni siquiera en Varsovia, que pilla

bastante distante todavía. ¡Los valientes como usted no son los hombres que aquí soñamos!

J. P. C. Zaragoza.—Esos Pensamientos se parecen a mar (y los peces) a varias cosas que ya hemos hecho reiteradas veces en las columnas de este precioso semanario. Huelga, por consiguiente, la repetición del ameno disco.



—Fíjese; esa mujer parece pintada...
—¿Es mi esposa, caballero!...
—No he terminado la frase... Parece pintada por Rafael.
De Excelsior.—Mejico.

T. E. L. Madrid.—Es liviano e inconsistente como vestuario de señorita del conjunto de Eslava.

P. A. C. Madrid.—Sus versitos, amigo Paulino, son de tan deplorable inocencia, que más vale que se queden inéditos para toda la vida. Dentro de cien años nos agradecerá usted esta decisión, que quizá ahora le haga a usted la distinguida cusca.

El mendigo de la esquina.—Y bueno, ilustre mendigo de nuestro corazón: ¿por qué, en lugar de sacarse de la cabeza esos chistes tan odiosos, no se saca usted los parásitos que seguramente le estarán atormentando de día y de noche?...

Servidor. Madrid.—Un servidor tiene el honor de decir a Servidor que su artículo

no sirve. Pero como suponemos que Servidor servirá (porque si no sirviera, no sería Servidor), quiere decirse que no todo está perdido. ¡Menos mal!

C. C. B. Escorial.—¿Y por qué nos suplica usted, haciendo alarde de modestia exagerada, que no le demos el título de imbécil?... ¡No sea usted nunca tan humilde en sus aspiraciones!... ¡Ese título se lo acaba usted de ganar en noble lid, y no es justo que renuncie usted a él de una manera tan desprendida y generosa!...

E. C. D. Coruña.—Su artículo titulado *El rosario*, después de echarnos nuestras cuentas, resulta que no sería oneroso publicarle.

B. H. M. Madrid.—Triste y además tonto. Y un poquito cursi. Y algo pesado. Y un si es no es naturalista. Y bastante antiortográfico. ¡En fin, una cosa muy para entrar en la Academia y armar una revolución!

El Huevero. Madrid.—Es más soso que un huevo sin sal.

Ramón del alma mía. Sevilla.—¡Maldita sea tu alma, Ramón del alma!



—Señor, la doncella ha encontrado una cucharilla en el vestíbulo.
—¡Ah! Otro convidado con agujeros en los bolsillos.
De Dorfbarbier.—Berlín.



—Mi hermano es todo lo contrario que yo.
—¡Ah! ¿sí?... Hombre, me gustaría conocer a tu hermano.
De Everybody's Weekly.
Londres.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Si sois buenos, cuando venga os daré un bollo.
—¿Y si nos pegamos?
—¡Os daré una "torta"!

Dib. ALFARAZ.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid